LOS HOMBRES de la historia 27

la Historia Universal
a través de
sus protagonistas

Franco

Miguel de Amilibia

Centro Editor de
América Latina



LOS HOMBRES *de la historia*

27

En 1892 - en una España cautelosamente liberal, esperando en la regencia de doña María Cristina la mayoría de Alfonso, bajo la inconmovible alianza del ejército, el trono y el clero - se inicia la vida de Francisco Franco Bahamonde, un natural de El Ferrol que marcará la historia de España.

Destinado a la carrera militar, asumiendo un destino que él mismo se forja, gracias a las campañas marroquíes supo lograr un vertiginoso ascenso en el ejército que coronó con el grado de general de división para convertirse finalmente en Generalísimo, Jefe del Estado, Caudillo de España por la gracia de Dios.
Personaje discutido como pocos en el mundo contemporáneo, Francisco Franco mantuvo las riendas de un poder absoluto en la España que sobrevivió a la terrible guerra civil: al cabo ya de su vida nombró al príncipe Juan Carlos de Borbón para sucederle.
Cabe entonces esperar, confiando que esa "España de la Instauración" logre ser una entidad política más estable y democrática que aquella "España de la Restauración" que hubo luego de la fugaz Primera República.

Primeros títulos

Ilustración del fascículo 27

Agencia EFE S.A.: p. 14; p. 19 (1,2); p. 21 (1, 2, 3); p. 22 (1); p. 24 (1); p. 25 (2); p. 26 (1, 2, 3).

Centro Editor de América Latina
Salta 38 - Buenos Aires
Sección Ventas: Junín 981 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina

Distribuidores en la República Argentina
Capital: Mateo Cancellaro e hijo.
Echeverría 2469, 5º C, Buenos Aires
Interior: Distrimeco S.R.L.
Azara 225, Buenos Aires.
Se terminó de imprimir en los talleres gráficos Indugraf S.A.
Mendoza 1523, Lanús Oeste, Bs. As.
en mayo de 1985

Franco

Miguel de Amilibia

1892

Nace el 4 de diciembre en El Ferrol, cabeza de departamento marítimo, Francisco Franco Bahamonde.

1898

España es derrotada en la guerra hispano-norteamericana. Pierde sus últimas posesiones de ultramar: Cuba, Puerto Rico, las Filipinas.

1907

Después de cursar sus primeros estudios en El Ferrol, Franco ingresa en la Academia de Infantería, con sede en Toledo.

1910

Franco recibe su despacho de alférez o segundo teniente. Es destinado al Regimiento de Zamora Nº 8, de guarnición en El Ferrol.

1912

Tras pedirlo con mucha insistencia, Franco obtiene su traslado a Marruecos.

1912-16

Primer período "africanista" de Franco. Oficial en las tropas moras de Regulares. Es herido en el combate de Biutz. Asciende por méritos de guerra a capitán y comandante.

1917

Declarada en agosto una huelga general revolucionaria en España, Franco, de guarnición en Oviedo, participa en la represión del movimiento en la cuenca minera asturiana.

1920

Comienza el segundo período "marroquí" de Franco. Organiza con Millán Astray el Tercio de Extranjeros, llamado también la Legión.

1921

Desastre de Annual. Abd-el-Krim levanta a todo el Protectorado. El Tercio entra en acción.

1923

De nuevo de guarnición en Oviedo, Franco contrae matrimonio con Carmen Polo, de conocida familia ovetense.

1923-26

Ascendido a teniente coronel, Franco inicia su tercer período "marroquí", al frente del Tercio. España y Francia emprenden operaciones combinadas contra Abd-el-Krim. Franco, a las órdenes del general Sanjurjo, desembarca en Alhucemas con legionarios, regulares y tropas moras. Abd-el-Krim se entrega a los franceses y Marruecos queda "pacificado". Franco obtiene sucesivos ascensos a coronel y brigadier. Es destinado a Madrid.

1927

El dictador Primo de Rivera nombra a Franco director de la Academia General Militar, con sede en Zaragoza.

1931

Como derivación del resultado de unas elecciones municipales, se proclama la República en España. El rey Alfonso XIII y su familia parten al destierro. Franco acata a las nuevas autoridades.

1934

El "bienio negro". Ya como general de división, Franco es nombrado por el ministro Gil Robles jefe del Estado Mayor Central. Como tal, dirige la represión del levantamiento izquierdista de octubre, particularmente cruenta en Asturias.

1936

Triunfo del Frente Popular en las elecciones de febrero. Agitación y conspiraciones en España. Levantamiento "nacionalista" de julio. Franco, con destino en las Canarias como comandante general de las islas, se une a los alzados, se traslada en un avión a Marruecos y se pone al frente de las sublevadas tropas del Protectorado.

1936-39

Guerra civil española. Franco es nombrado Jefe del Estado y Comandante en Jefe de la España nacionalista. Es ya el Generalísimo, el Caudillo. El 1º de abril anuncia triunfalmente que "la guerra ha terminado".

1939

Comienza el 1º de setiembre la Segunda Guerra Mundial.

1939-45

Franco proclama que España es "no beligerante" y no oculta sus simpatías por el Eje. Se entrevista con Hitler en Hendaya y con Mussolini en Bordighera. En 1941, envía la División Azul a Rusia. Se organiza el estado franquista, con la Falange, luego el Movimiento, como partido único. Los vencidos de la guerra civil son sometidos a durísima represión; la oposición queda virtualmente exterminada. Son los "años difíciles". En 1945, Franco declara que España es una "democracia orgánica". Condenado en Potsdam y por las Naciones Unidas, el régimen se refugia en la autarquía.

1946

Comienza un largo período de "años de paz".

1950

España comienza a salir de su autarquía y su estancamiento.

1953

Tres acuerdos convierten a España en aliada de Estados Unidos. Franco accede al establecimiento de bases norteamericanas en suelo español.

1959

Estabilización entre dos períodos de gran desarrollo económico.

1963

A medida que entran en la vida las nuevas generaciones, se extiende en España

la llamada "oposición clandestina" al régimen de Franco. Incluye a muy diversos sectores de la sociedad peninsular.

1966

Franco somete a sanción plebiscitaria, en un referéndum muy discutido, la ley orgánica del Estado, aprobada antes por sus Cortes de Procuradores.

1969

Franco reúne a sus Cortes en julio y les anuncia que, en uso de sus atribuciones como Jefe del Estado, ha designado como su sucesor a Don Juan Carlos, nieto de Alfonso XIII. En el momento oportuno, Don Juan Carlos, designado Príncipe de España, será proclamado rey de los españoles. Será una "instauración monárquica", ajustada a las normas del régimen, no una restauración.

1970

La "oposición clandestina" sigue extendiéndose. Sonado proceso en Burgos contra un grupo de vascos, miembros de ETA. Estado de sitio en toda España. Actitud desafiante de los procesados. Seis condenas a muerte. Protestas en todo el mundo. Tras una bien organizada concentración de adhesión al Caudillo, éste conmuta el 30 de diciembre las penas de muerte por otras a larguísimas penas de prisión.

1971

Se decreta que, en los casos de ausencia o enfermedad del "generalísimo", los poderes de gobierno serán ejercidos por Don Juan Carlos, príncipe de España.

1972-1974

Sigue extendiéndose la oposición al régimen. Boda –1972– de la nieta del Caudillo, Carmen Martínez-Bordiú y Franco, con Don Alfonso de Borbón y Dampierre, nieto de Alfonso XIII. Atentados. En uno de ellos, muere en Madrid el almirante Luis Carrero Blanco, jefe del gobierno. Es sucedido en este cargo por Carlos Arias Navarro, antiguo fiscal. ETA se jacta de la "ejecución" del almirante. Estado de excepción y rigores represivos en toda España. El fin de la dictadura portuguesa y la cuestión del Sahara crean nuevos problemas al régimen. Un coágulo obliga a Franco a internarse y a ceder provisionalmente los poderes de gobierno a Don Juan Carlos. Alarma y expectativa generales. El Caudillo se repone y vuelve al mando. Signos de inquietud entre los militares.

1975

En agosto, desde La Coruña, donde Franco está de vacaciones, se proclama la durísima "ley antiterrorista". Condenas a muerte, entre protestas, huelgas, manifestaciones, choques y víctimas en muchos lugares. El "generalísimo" no cede. Ni ante los pedidos de clemencia de Su Santidad. El 23 de setiembre, son fusilados dos miembros de ETA y tres del FRAP. El 21 de octubre, se anuncia que el Caudillo está enfermo. Larga y aterradora agonía.
Muerte de Franco a las 4.40 del 20 de noviembre. Sus restos son sepultados en el Valle de los Caídos. El 22 de noviembre, a las 12.35, Juan Carlos de Borbón y Borbón es proclamado rey de España. Comienza la era posfranquista.



1

1. Francisco Franco, en Burgos, es saludado por las autoridades nacionales después de hacerse cargo del poder.

¡Franco, Franco, Franco!

Cada cual —pontificó el filósofo— es uno mismo y sus circunstancias. Nadie puede ser separado de su "contexto" o, dicho en términos matemáticos, del complemento del conjunto al que pertenece. Como esto es algo tan cierto que casi parece una perogrullada, cuando se nace, fijado ya de modo irrevocable el entrelazamiento genético, el 4 de diciembre de 1892, en la ciudad gallega de El Ferrol, capital de uno de los tres departamentos marítimos que hay en España, como hijo del contador de navío Nicolás Franco Salgado y de Pilar Bahamonde, hija del intendente de la armada Ladislao Bahamonde Pardo, se llega, por los muy diversos vericuetos de la vida, a ser "Francisco Franco, Caudillo de España por la Gracia de Dios". Y se termina...
Bien, se termina, si no fallan las probabilidades, no al modo desastrado en que terminaron Hitler y Mussolini, que no fueron generales, sino serena y misericordiosamente en la cama, como un auténtico monarca, rodeado de compungidos e inquietos cortesanos, y confortado por los más altos y prelaticios auxilios espirituales que puede procurar la Santa Religión. Y con el embotamiento senil suficiente para no advertir, en el ineludible trance, el atroz contraste que puede haber entre el triunfo personal en la vida y el signo negativo que, en función del prójimo y de los valores humanos, la propia vida es capaz de legar a la historia.

La España de la Restauración

Nacer en El Ferrol en 1892, como fruto de la unión de dos familias dedicadas al servicio administrativo de la armada española, no constituía ningún privilegio especial. España era entonces la España de la Restauración, un "régimen de clases pudientes y conservadoras", según la define el historiador Rafael Altamira. Logrado cierto equilibrio político al cabo de las guerras civiles dinásticas que habían desgarrado al país durante el siglo XIX, se vivía bajo la Constitución de 1876, cautelosamente liberal, y la regencia de Doña María Cristina, a la espera de que Alfonso XIII, hijo póstumo de Alfonso XII, alcanzara la mayoría de edad para reinar. El Trono, la Espada y el Altar eran los tres grandes sostenes de una vieja estructura social con muchos restos feudales.
La "España eterna" era entonces una España muy postergada. Seguía declinando. Se acercaba el desastre de 1898, que iba a dar al traste con los últimos restos de lo que había sido un imponente imperio colonial. Se estaban gestando ya algunas rebeldías. Entre los obreros, cuyos elementos más despiertos iban siendo ganados por las ideas socialistas y anarquistas. Y entre los intelectuales, muchos de cuyos exponentes se formaban en la Institución Libre de Enseñanza fundada por Francisco Giner de los Ríos.
Iba a surgir la tan sonada "generación del 98". No fue una generación constructiva. Se mostró muchas veces contradictoria. Se consideró a sí misma como una especie de aristocracia intelectual, de más méritos que la tradicional de la sangre. Pero fue ferozmente crítica y expuso, con rigor inmisericorde, a veces con mano maestra, la miseria política, social y espiritual en que aquella España de fines y de comienzos de siglo se debatía.
En vísperas del desastre, en 1897, Ramiro de Maeztu, pluma galana, que se hizo conservador y monárquico y terminaría siendo una de las innumerables víctimas de la guerra civil, escribía: "Arrastra España su existencia deleznable, cerrando los ojos al caminar del tiempo, evocando en obsesión perenne glorias añejas, figurándose siempre ser aquella patria que describe la Historia. Este país de obispos gordos, de generales tontos, de políticos usureros, enredadores y "analfabetos", no quiere verse en esas yermas llanuras sin árboles, de suelo arenoso, en el que apenas si se destacan cabañas de barro, donde viven vida animal doce millones de gusanos, que doblan el cuerpo al surcar la tierra con aquel arado que importaron los

1

1. El 5º Regimiento; Ejército Republicano.

2. José Antonio Primo de Rivera.



2

árabes al conquistar Iberia... Muy triste, muy triste el desastre que amaga...".

Había elecciones en aquella España de la Restauración. Liberales y conservadores se turnaban en el poder. Pero eran elecciones gobernadas por el "caciquismo", conforme al cual, como señala el historiador Antonio Ramos Oliveira, "en cada pueblo el cacique local, especie de señor de pendón y caldera, era responsable ante el gobernador de su provincia de la sumisión de la masa con derechos civiles a la política de turno". Miguel de Unamuno, el vasco castellanizado, el contradictorio filósofo que, a pesar de los pesares, quería, no que España se europeizara, sino que se pusiera empeño en españolizar a Europa, describió en 1907 una de estas elecciones: "Aquí, en esta ciudad de Salamanca, en que escribo, se vio ayer mismo, día de las elecciones, un espectáculo noble y consolador. Luchaba un liberal, aunque tibio y receloso, pero liberal al cabo, contra un pobrecito fanático que se presentaba como católico. Este, que goza de regular fortuna, pagaba los votos e iba a comprar el acta. Y aquí, en la ciudad, que es una ciudad liberal, y por lo que hace a las clases populares, radical, obtuvo el liberal una gran mayoría sobre el comprador de conciencias. Obreros a quienes no les sobra qué comer rechazaron la vergonzosa oferta. Pero el distrito electoral no lo constituye la ciudad sola —que apenas si llega a 30.000 habitantes—, sino que lo forman con ella unos cincuenta pueblecillos que la rodean. Y en éstos, los colonos y criados, que cedían a imposiciones de los amos, y los miserables que vendían su voto han contrapesado la mayoría ciudadana del candidato liberal. ... El aldeano es codicioso y avaro. Y el aldeano es tristemente inconsciente. Masas enteras de campesinos ignoran quién gobierna. ... Están convencidos de que todo se obtiene por el valimiento del cacique."

Si esto era el campo, las ciudades, con su rígida estratificación de las clases sociales, eran "páramos espirituales", según la expresión empleada por Antonio Machado. Este sevillano castellanizado, de sensibilidad capaz de convertir en poesía el lenguaje más sencillo, escribía a Unamuno hacia el 1913: "Esta Baeza, que llaman Salamanca andaluza, tiene un Instituto, un Seminario, una Escuela de Artes, varios colegios de segunda enseñanza, y apenas sabe leer un 30 por ciento de la población. ... Es la comarca más rica de Jaén y la ciudad está poblada de mendigos y de señoritos arruinados en la ruleta. ... Es infinitamente más levítica que Soria y no hay un átomo de religiosidad. ... Cuando se vive en estos páramos espirituales, no se puede escribir nada nuevo, porque necesita uno la indignación para no helarse también. Además, esto es España más que el Ateneo de Madrid." Como se sabe, Unamuno y Machado tampoco sobrevivieron a la guerra civil que iba a entronizar a Francisco Franco Bahamonde como Caudillo de los españoles.

¿Qué había frente a esta "España eterna"? Oigamos a Pío Baroja, otro vasco incorporado a la intelectualidad española. "Enfrente de la inmoralidad, de la chabacanería y de la ramplonería de los políticos —escribía en 1924, ya bajo la dictadura militar de Primo de Rivera, padre de José Antonio—, no había en la España de la Regencia nada organizado. El republicanismo nuestro era un amaneramiento, una retórica vieja; el socialismo obrerista odiaba a los intelectuales y hasta a la inteligencia; el anarquismo se manifestaba místico, vagoroso y utópico; y los dos separatismos aparecidos en aquella época, el catalán y el vasco, por su egoísmo y su mezquindad, no tenían atractivo más que para gente un poco baja. Además, en el uno había una pedantería y un superhombrismo ridículo; en el otro se veía demasiado el solideo del cura. Un hombre un poco digno no podía ser en este tiempo más que un solitario." ¿No es esto algo exagerado?

Encerrada en sus torres de marfil, orgullosa, despectiva, ególatra, sin apenas contactos con el pueblo —Machado fué a este respecto una excepción—, la "generación del 98" puso al descubierto muchas de las lacras de la España de la Restauración, de aquella España que se consideraba legítima continuación de la "España eterna". Nunca advirtieron estos intelectuales hasta qué punto formaban parte de ella. No puede extrañar que luego fracasaran como políticos.

Galicia y El Ferrol

Campesina y marinera, con un manto de verdor cuya lozanía es mantenida por copiosas lluvias y con unas rías que constituyen magníficos puertos naturales, Galicia es uno de los "hechos diferenciales" de España. Como Cataluña. Como el País Vasco. Pero, si Cataluña y el País Vasco soportan el centralismo del estado español al amparo del propio desarrollo, por aquello de que los duelos con pan son menos, Galicia es, en cambio, una región pobre. Lo es aún ahora, a pesar de los "polos de desarrollo" creados en suelo gallego por los recientes planes del régimen franquista. Nunca ha tenido pan suficiente para todos sus hijos. Ha sido tradicionalmente un país de emigración.

Los gallegos son celtas. Forman parte de ese complejo racial que, presionado por otros pueblos, se situó a lo largo de las costas occidentales de Europa. Son gente dura, sufrida, tenaz, pragmática por imperio de la necesidad y, al mismo tiempo, con una sensibilidad a flor de piel que multiplica entre ellos los poetas. Forzados a expatriarse —antes a América, ahora a regiones españolas más prósperas o al Occidente europeo—, a veces en condiciones muy penosas, conservan muy vivo su amor a la tierra natal. Es la nostalgia que inspiró a Rosalía de Castro sus mejores poemas, los escritos, como dice el hispanista Gerald Brenan, "en el yermo de piedra y ladrillo de Madrid o en las llanuras sin árboles que rodean a Simancas". A Madrid los gallegos le han dado tradicionalmente muchos serenos, buen número de grandes figuras literarias y una legión de ministros. Además del Caudillo, que fue para muchos muy poco gallego.

El pragmatismo que la necesidad impone hace que en España se diga con frecuencia que los gallegos son maestros en "gramática parda", que es, según el diccionario, "habilidad natural o adquirida que tienen algunos para manejarse". Tampoco es rara en España la expresión "gallego con mando", que da a entender cierta inclinación racial a ejercer la autoridad con un despotismo vengador de pasadas sumisiones. Toda generalización de este género es estúpida, pero no está de más señalar, entre las muchas "murmuraciones" que los celos mutuos inspiran a los pueblos peninsulares, estos decires cuando ha de hablarse de Francisco Franco Bahamonde.

Quien nació, como queda dicho, en El Ferrol, una ciudad muy gallega, al fondo de la más espléndida ría de ese golfo al que se asoma también La Coruña y que los maravillados romanos denominaron Portus Magnus Artabrorum. ¿Era El Ferrol de la España de la Restauración otro "páramo espiritual" como la Baeza denigrada por Machado? En cierto modo, todavía lo era más, aunque en algunos aspectos lo fuera menos. Capitanía general de departamento marítimo, con un vasto arsenal y grandes astilleros, era una ciudad eminentemente castrense y levítica, con una fuerte guarnición, formada principalmente por marinos, infantes y artilleros, y muchos conventos. Sin hablar de las casas de lenocinio y otros recoletos lugares *non sanctos* de que una contextura así solía estar acompañada. Pero había también allí cierta actividad industrial alrededor de los astilleros, con la consiguiente fermentación política y social, aunque fuera todavía muy incipiente.

Si El Ferrol ha dado a España el Caudillo, también le ha dado el Abuelo. Ferrolano era, en efecto, Pablo Iglesias Posse, el fundador del Partido Socialista Español, el luchador infatigable que era venerado por todos los trabajadores peninsulares con conciencia de clase. Cuando Francisco Franco Bahamonde nacía en El Ferrol, hacía tiempo que Pablo Iglesias Posse, que había emigrado como un adolescente a Madrid en busca del pan cotidiano, era una figura que pesaba mucho en el panorama político y social de la España de la Restauración. Tipógrafo de profesión, autodidacta muy al tanto de los movimientos obreros en la Europa del siglo XIX, periodista y orador



3

1



News Chr

Interview with Spanish Rebel

NERAL FRANCO INSISTS THA

u Will Have To Shoot Half Spain?"

Will Triumph At Whatever Cost"

DESPERATE MAN

2

1. Milicianos españoles durante la guerra civil.

2. Titular del periódico inglés News Chronicle *del 24 de julio de 1938: "—¿Tendrán que fusilar a media España? —Triunfaremos a cualquier precio."*

3. Los soldados republicanos parten para el frente.

fogoso, era por sí mismo un mentís a la temeraria afirmación de Baroja de que "el socialismo obrerista odiaba a los intelectuales y hasta a la inteligencia". Sin "gramática parda" alguna, el Abuelo era un gallego —un ferrolano— con el nada despótico mando de su mucha autoridad moral. No todos los hombres dignos de aquel tiempo eran "solitarios".

Pero la tónica predominante en El Ferrol de entonces era, como en tantos otros lugares de la piel de toro, la del "páramo espiritual", la de la "España eterna" rica en cruzadas, derrotas y heroísmos. No variaría con la sacudida que supuso el desastre de 1898. Al fin de cuentas, la armada española estaba habituada desde la Invencible a llevar las de perder, a desplegar su bravura mientras el mar se tragaba sus desmanteladas naves. ¿Santiago de Cuba? ¿Cavite? ¿La pérdida de dos escuadras enteras con muchos ferrolanos en sus tripulaciones, sin causar apenas un rasguño al adversario yanqui? ¿La entrega de los últimos restos —Cuba, Puerto Rico, las Filipinas— del imperio de ultramar? Bien, se lloraría a los muertos y se repondrían los barcos. Habría mucho trabajo en los astilleros ferrolanos, de larga experiencia en la construcción naval.

El Ferrol mantendría su perezoso ritmo de capital de departamento marítimo de una potencia naval declinante. Se hablaría en círculos y cafés del coraje del almirante Cervera, del infortunio del almirante Montojo. Todo seguiría igual para las dos viejas familias ferrolanas, para los dos linajes de "marinos de tierra". Los Franco y los Bahamonde continuarían siendo en El Ferrol "gente distinguida", aunque en los lindes de la de "medio pelo".

Uno mismo

Nicolás Franco Salgado, contador de navío y a su debido tiempo intendente general de la armada. Gallego de ascendencia andaluza. ¿También semita, como dicen algunos? ¿Qué importa? Hacía tiempo que había desaparecido en España la distinción entre "cristianos viejos" y "cristianos nuevos". Casado con Pilar Bahamonde Pardo, mujer muy piadosa, a la española, con una religiosidad rígida, intolerante y ritualista y el pensamiento siempre puesto en la eterna beatitud que espera tras el paso por este valle de lágrimas. Cinco hijos del matrimonio: Nicolás, Francisco, Pilar, Ramón y Pacita. Un hogar de clase media, con ciertas estrecheces económicas. Especialmente, desde que el cabeza de familia, cansado de aquella vida de guarnición y hogar bajo la lluvia, se entrega a muy diversos devaneos y hasta escandaliza un poco a la "sociedad ferrolana". Bebe, juega, anda con mujeres. Sin perjuicio de cumplir con la Iglesia. Es un "trueno". El Don Guido de Machado no personifica únicamente al "caballero andaluz".

Aquel hogar muy tenso pierde pronto a las hijas. Pacita fallece; Pilar no tarda en casarse. Quedan los tres varones. El desenfadado Nicolás, que parece salir al padre; el segundón Francisco, menudo, con muy poco de atleta, tímido y, como se diría ahora, "acomplejado"; y el benjamín Ramón, impulsivo e inestable. Ninguno de ellos se destaca por su capacidad intelectual, pero en todos ellos hay algo que los distingue. Los Franco. . . Darán que hablar. Los tres quedan conformados por el ambiente. Por tradición familiar, pertenecen a la Espada, uno de los tres pilares de la estructura social española. ¿Serán "marinos de tierra" como sus mayores? Nicolás consigue serlo. Francisco no lo consigue por una circunstancia fortuita: cuando llega a la edad en que se ingresa en las academias militares, se le cierra la Escuela Naval, al suspenderse las convocatorias para el Cuerpo General de la Armada. Irá, pues, a la infantería, que es, como se sabe, la "reina de las batallas". El mismo camino seguirá Ramón, quien, como muchos jóvenes militares de vida desordenada y espíritu de aventura, ingresará luego en la prometedora aviación y alcanzará la fama, como comandante del "Plus Ultra", antes del que, según un desorbitado panegirista, era "conducido por el dedo de Dios" hasta el más absoluto poder.

Francisco ha rumiado mucho durante su infancia y su adolescencia. Mientras aprendía las primeras letras en el Colegio del Sagrado Corazón del Padre Mariano Vázquez, mientras seguía los primeros cursos de la segunda enseñanza y se preparaba para el ingreso en alguna academia militar en el Colegio de la Marina. Ha sufrido mucho a causa de su voz aflautada, de su físico esmirriado, de su encogimiento ante el sexo opuesto, de su chatura entre el desenvuelto primogénito y el expansivo benjamín, de las burlas de sus compañeros, de las tensiones hogareñas. Pero ha hecho de su complejo de inferioridad un arma formidable. Se refugia en una fría impasibilidad que, como expresión de una suprema voluntad de imponerse, ya nunca lo abandonará y llegará a ser en él una segunda naturaleza. Advierte muy pronto cómo esta actitud rinde frutos, frena a los insolentes, fuerza al respeto. Acepta ser uno mismo, con todas sus limitaciones. Se abrirá paso a través de las circunstancias. Las domeñará o caerá en la demanda. Mandar, mandar. Es su obsesión.

Durante sus relativamente pocos años de estudiante, ha absorbido muchos prejuicios y muy poco saber. Pero no se diferencia en esto de los de su clase en el "páramo espiritual" ferrolano. Tiene muy poco de culto, pero ya le enseñará muchas cosas la vida. ¿Por qué, ya con el rumbo señalado, opta por el arma de infantería? ¿Por qué, sin vacilación alguna, se fija en Toledo, esa imponente petrificación de la "España eterna", y no en Segovia o Guadalajara, donde se preparan, respectivamente, los artilleros e ingenieros, que son las "armas distinguidas"?

Hay serias razones para su decisión. Ingresar en Toledo cuesta menos. Son oposiciones más fáciles. Exigen menos preparación, especialmente en matemática. Por otra parte, la carrera de infantería es más corta —sólo tres años— de la que cursan artilleros e ingenieros, equiparados a ingenieros civiles. Y, por último, estos orgullosos "cuerpos técnicos" asumen al salir como segundos tenientes de sus academias el compromiso de renunciar a cualquier ascenso por méritos de guerra, de ajustarse estrictamente al escalafón. Eran poquísimos los artilleros e ingenieros que llegaban a generales; les alcanzaba antes la edad de retiro. ¡Estúpidos! Ya se encargaría el general Primo de Rivera, exponente de un viejo linaje militar, con la sangre en el ojo desde que fracasó en su intento de ingresar en Segovia, de meterlos en cintura, de domar estos "pruritos aristocráticos". Pero esto ocurriría bastante después. Entretanto, todo joven con ambiciones que abrazara la carrera militar debía optar por la infantería o, si podía exigir más gastos a su familia, por la caballería, que se cursaba en Valladolid.

En agosto de 1907, con quince años de edad, "Paquito" ingresa, pues, en la Academia de Infantería de Toledo. Pronto dejará de ser una carga para los suyos. Pronto "se manejará" por su cuenta. Será una carrera rápida. El Alcázar. . . La vieja ciudad que es historia hasta en su última piedra. . . Los cursos que enseñan poco, pero enaltecen a la "España eterna", siempre gloriosa, hasta en la derrota. . . La rígida disciplina militar y el arte del mando, que, al mismo tiempo que se obedece, se absorbe con deleite. . . Todo contribuye a fijar definitivamente el cuadro de valores de este chiquillo poco instruido y carente de imaginación, pero decidido a utilizar sus propias limitaciones para abrirse paso, aun a riesgo de caer en la porfía. ¿De qué sirve la imaginación a un soldado? ¿No le induce a pensar que le está destinada cada bala que silba? La serenidad bajo el fuego siempre será una virtud del futuro Caudillo.

El joven cadete mostrará en la academia la misma distante y fría impasibilidad que fue su mejor arma de defensa como colegial. No es jaranero. No bebe. No juega. No fuma. No se acerca a las mujeres. No participa en las correrías de sus más alborotados compañeros. No será, no, como su padre. Y hay algo en su concentración y en la fijeza de su mirada inexpresiva que impone respeto, que hiela la sangre. Pasan menos de tres años. Y aun no cumplidos los dieciocho, el 13 de julio de 1910, Francisco Franco Bahamonde se ve convertido en alférez, en segundo teniente de infantería.

Su primer destino es El Ferrol, en el Regimiento de Zamora Nº 8. No es aún más que un adolescente, pero ya luce el bigote

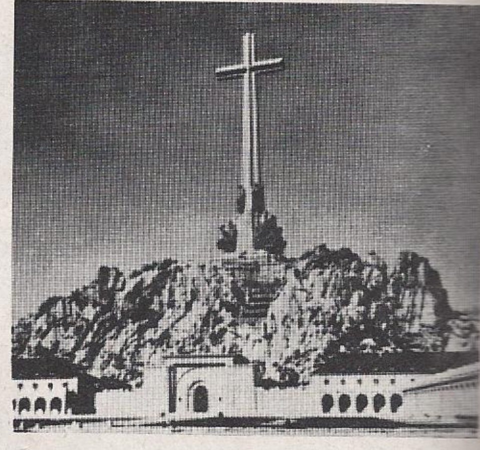
y tiene ocasión de mostrar sus dotes de mando. ¡Qué gran cosa es la disciplina militar! ¡Cómo le obedecen los reclutas, todos mayores que él! Pero la vida de guarnición no es para quien aspira a imponerse en la vida. Donde un oficial de infantería hace carrera es en Marruecos, en las ásperas tierras donde se halla en curso una interminable guerra colonial. Si la suerte no es esquiva, matando a moros se asciende rápidamente. El flamante alférez pide que lo destinen allí. No lo consigue de primera intención. "Es un chiquillo", dicen en Madrid. Pero se insiste una y otra vez. Y, por fin, se logra el anhelado destino. En 1912, Francisco Franco Bahamonde está ya en tierra de moros.

Marruecos

Como metrópoli de un imperio en rápida declinación y país de muchas conmociones internas, España ha padecido una inflación crónica de militares. Cada pérdida de territorios en ultramar y cada solución más o menos transitoria de un conflicto interior la dejaban con un amontonamiento de generales, jefes y oficiales, todos ellos de "valor probado", a los que no se sabía cómo ocupar. Así ocurrió con la independencia de la América española, que llenó a España de repatriada oficialidad "ayacucha". Así ocurrió con los desenlaces de la propia guerra de independencia contra Napoleón, de las guerras civiles carlistas y de la guerra hispano-norteamericana de 1898. Sería interesante saber en qué medida este fenómeno contribuyó a la agitada historia de España en los siglos XIX y XX.
Marruecos era algo distinto. Sus "posesiones africanas" siempre habían supuesto para España una sangría de hombres y dinero, pero también un modo de que su muy nutrida oficialidad pusiera a prueba su espíritu patriótico y sus talentos militares e hiciera de paso, si no quedaba en el camino, muy lucidas carreras. Había en la costa marroquí, al otro lado del estrecho, como un par de Gibraltares a la inversa, dos "plazas de soberanía", Ceuta y Melilla, rodeadas de ariscas cabilas berberiscas. Los incidentes a lo largo del perímetro de estas plazas eran continuos. Habían dado origen inclusive a la "guerra de Africa" de 1859, terminada victoriosamente para las tropas españolas. ¡Una victoria por fin! Fue cantada en todos los tonos. Todavía se ejecuta en España "La batalla de los Castillejos", una composición musical onomatopéyica que tiene el acompañamiento de fuegos artificiales, en una imitación del estruendo de la lucha.
Por otro lado, en aquellos comienzos del siglo XX, Europa todavía vivía en la orgía imperialista que estaba empujando a la primera guerra mundial. Y España, aunque muy venida a menos y tan estrepitosamente derrotada por el ascendente imperialismo norteamericano, no podía renunciar, con su enorme carga de historia, a la participación que le correspondía en la "gran empresa civilizadora". Francia estaba penetrando en Marruecos, "pacíficamente" cuando podía y a tiros cuando encontraba resistencia. Celosa, España salió a la defensa de sus "derechos históricos". Finalmente, en 1912, Francia y España llegaron a un acuerdo: Marruecos, con su sultán, sería un protectorado ejercido por las dos potencias.

A España, le correspondería la zona septentrional. Y librar una guerra virtualmente continua. De hecho, la estaba librando desde hacía tiempo. Era una maldición para los pueblos peninsulares, que no veían qué se les había perdido en aquellas inhóspitas tierras. Ni las famosas "minas del Rif" supusieron nunca gran cosa. La Espada, en cambio, la juzgaba una bendición: una "escuela práctica", según la llamaría el futuro Caudillo, y una ocasión para exhibir corajes y hacer rápidas carreras. Era una opinión compartida por el Trono. Perdido el imperio de ultramar, el joven monarca veía en Africa un nuevo porvenir para España, conforme a los cuadros de valores entonces imperantes. Alentaba y concedía títulos y honores a la oficialidad "africanista". Se decía que aspiraba a pasar a la historia como Alfonso XIII el Africano.
No era una guerra fácil. Era una guerra dura, cruel, típicamente colonial. Había que luchar con unas cabilas berberistas particularmente belicosas, en un terreno abrupto, de breñales, sin agua. En cualquier momento, el "moro amigo" se convertía en enemigo. En cualquier momento se venía estrepitosamente abajo una labor de "pacificación" —medidos halagos, feroces castigos— de muchos años. En aquella "escuela práctica", la letra no entraba con sangre. Y muchos de los "alumnos" se convertían en fieras, para las que la vida ajena significaba muy poco. ¿No estaban acaso arriesgando la propia? No puede asombrar que fueran tantos los jóvenes españoles que, cuando se acercaban a la edad del servicio militar, viéndose sin el dinero necesario para convertirse en privilegiados "soldados de cuota", optaran, ante la perspectiva de tres años bajo banderas en Africa, por la emigración a América.

Ni los propios generales que participaban en la guerra de Marruecos tenían la menor garantía de morir en la cama. En la campaña de Melilla de 1893 cayó el general Margallo. En la campaña de Melilla de 1909, con el adolescente Francisco Franco Bahamonde en la academia de Toledo, cuando el monte Gurugú y el barranco del Lobo adquirieron tan trágicas resonancias, cayó el general Pintos. En las operaciones del Quert de 1911 y 1912, cayó el general Ordóñez, un hombre de mucho saber, uno de los pocos artilleros que habían llegado al generalato. Y en la terrible rota de Annual, en 1921, cuando el jefe rifeño Abd-el-Krim levantó en armas a todo el protectorado, cayeron varios generales, con



Monumento en el Valle de los Caídos.



Estampillas conmemorativas de Francisco Franco.

inclusión de Fernández Silvestre, el comandante general de Melilla. ¡Qué ecos más siniestros tuvieron entonces en España los nombres de Igueriben, Annual, Monte Arruit y tantos otros!

Cada vez que se producía una de estas catástrofes, se enviaban más tropas a Marruecos. Con desesperación de las clases populares españolas, las principales paganas, en sangre y dinero, de la loca aventura colonialista. El "soldado de cupo" enviado a Marruecos no hacía carrera, pero se dejaba muchas veces la vida en tierra africana. Fue el envío de nuevas tropas a Marruecos lo que provocó la "semana trágica" de Barcelona. Una semana terrible, de caos, incendios y saqueos. Ardieron cuarenta iglesias y conventos. El Altar, al que se identificaba con el Trono y la Espada, fue la principal víctima de la furia popular. La represión fue muy dura. Corrió mucha sangre. ¿Qué pensaría entonces el cadete Franco, en el ambiente de la academia toledana? ¡Maldito populacho, incapaz de prestarse de buena gana a los sacrificios que reclamaba la Patria! Entre desastre y desastre, la oficialidad que no perdía la vida ascendía rápidamente. Siempre que fuera de infantería o caballería. Con el "valor archiprobado", se llegaba pronto a general y, de regreso en la península, se obtenían buenos destinos, se recibían los halagos del Trono y se tenía una personalidad con la que los gobiernos civiles tenían que contar. Virtualmente todos los generales del campo nacionalista cuyos nombres sonaron durante la guerra civil española —el mismo Franco, Sanjurjo, Goded, Mola, Cabanellas, Muñoz Grandes, etc., etc.— fueron "africanistas". Gente que había aprendido mucho en la "escuela práctica".

Marruecos... Condicionó en buena parte la historia de España durante todo el siglo XX. Fue Marruecos lo que trajo la primera dictadura militar, la del general Miguel Primo de Rivera y Orbaneja. Fue Marruecos lo que fomentó en España el sentir republicano y dio origen a la Segunda República Española. Y fue en Marruecos donde se originó el levantamiento nacionalista y desde donde partieron, con Francisco Franco Bahamonde al frente, las fuerzas implacables que impidieron que el levantamiento fuera aplastado y lo transformaron en la atroz guerra civil cuyo desenlace fue el régimen bajo el que España vivió 37 años. ¿Pudo soñar el ofendido y humillado Marruecos con una venganza tan cabal?

Porque es Marruecos el país que procuró a los españoles su "Caudillo por la gracia de Dios", que no de Alá. Ya se sabe que los caminos que Dios elige son inescrutables.

Franco el "africanista"

¿Hasta qué punto fue Francisco Franco Bahamonde él mismo? ¿Hasta qué punto fue

sus propias circunstancias? ¿Hasta qué punto lo habían conformado ya su hogar, el ambiente castrense y levítico de El Ferrol y la academia toledana? ¿Cómo quien quiso ser marino y no pudo serlo resultó tan buen soldado? ¿Cómo el jovenzuelo menudo de bigotillo marcial adquirió tan pronto fama de valiente entre los valientes e hizo, casi siempre en acción, casi siempre en primera línea, una carrera que inspiraría respeto tanto a militares como a civiles? No hablemos del "dedo de Dios". Aunque es posible que el mismo endiosado Caudillo, ante el que se ha quemado tanto incienso, se lo creyera.

Lo cierto es que, cuando Franco llegó a Tifasar, en Marruecos, llamado por el coronel Riquelme, su antiguo director en la academia, tenía ya una mentalidad militar cerrada. Se presentaba dispuesto a "hacer la guerra", a jugarse la vida, a distinguirse como buen oficial, a ascender rápidamente o a morir en el empeño. Se consideraba sin ataderos y respondía únicamente de sí mismo. Lo aceptaba todo. No tenía sentimientos. No sentía emociones. No quería distracciones. Se concentraba en su función. Obedecía sin chistar, sin un parpadeo. Mandaba en la misma forma, con deleite. Con aquella fija mirada inexpresiva que causaba escalofríos.

Su carrera de "africanista" dura, con breves intermedios en la península, de 1912 a 1926. Es espectacular. Al poco tiempo de su llegada, ya forma parte de la oficialidad de un tabor, unidad de regulares moros, como teniente, su único ascenso por escalafón. Todos los demás serán por "méritos de guerra". ¿De guerra atroz, en el ambiente cruel y corrompido de una aventura colonial? ¡Qué importa! No faltaban las ocasiones para lucirse en aquella lucha interminable, en aquel hacer y deshacer continuo. El tenientillo —"Franquito" para sus compañeros— de corta estatura y menguado físico compensa estas desventajas a fuerza de carácter. Se impone a sus moros con la misma facilidad que a sus reclutas ferrolanos. Sin rehuir nunca el bulto. Sin que el menor movimiento instintivo indique que se alberga el miedo a la muerte en la frágil figura. Siempre al frente de sus hombres, a los que así puede exigir mucho. Participa en muchos combates y, en 1915, ya con tres cruces del mérito militar con distintivo rojo, es ascendido a capitán. De los 42 jefes y oficiales que inicialmente habían sido puestos al mando de las tropas regulares indígenas de Melilla, todos ellos voluntarios, sólo siete quedaban ilesos. "Franquito" figuraba entre ellos.

No lo fue por mucho tiempo. En el duro combate de Biutz con una harca rebelde, el capitán de veintitrés años se lanza con su compañía —su "mía"— al asalto de una posición desde la que se hacía un fuego mortífero. Cae mal herido, con un balazo en el vientre. Sólo lo pueden retirar, así es de empeñoso y bravo, cuando pierde el



1



2

1. Enrique Lister y Santiago Alvarez, jefes republicanos.

2. Franco entra en Burgos en compañía de los generales Calvacanti y Mola. Agosto de 1936.



1



2

1. Antonio Mija, Pedro Checa, Dolores Ibárruri (Pasionaria) y José Díaz.

2. José "Pepe" Díaz.

conocimiento. Fue cuestión de centímetro más o centímetro menos. Así suele ser el destino de los hombres, estén o no conducidos por el "dedo de Dios". La bala había respetado los órganos vitales.

"Franquito" se restablece. Nuevas condecoraciones. Pero no lo ascienden. Funcionaban ya en la península, en una grave manifestación de indisciplina, las Juntas de Defensa militares, organizadas por un coronel Márquez. No estaban conformes con las rápidas carreras que se hacían en Marruecos, con daño para los que tenían que ajustarse al escalafón. Partían del supuesto de que todo militar español es valiente, según consta en su hoja de servicios. A aquel que no tiene su "valor probado", el valor "se le supone".

Pero el restablecido capitán quería subir, subir. Tenía ya la pasión del mando. Recurrió al mismo Alfonso XIII, protector de héroes. No fue inútil la gestión. El ascenso a comandante llegó el 29 de junio de 1916. Francisco Franco Bahamonde se convirtió así en el comandante más joven de todo el ejército español. Pero, aunque inició el correspondiente "juicio contradictorio", no logró que le otorgaran la Cruz Laureada de San Fernando, la más preciada condecoración militar española, aquella que se concede al heroísmo excepcional. Tuvo que esperar a ser Caudillo para recibirla. En todo caso, había terminado su primer período de "africanista". Le esperaba un reposado destino en Oviedo, que, como veremos, no fue muy reposado y tuvo además mucha influencia en su vida. Allí cazó a mineros. Allí conoció a su Carmen Polo. El segundo período marroquí de Franco comienza en 1920, cuando se decide la creación de un Tercio de Extranjeros, a imitación de la Legión Extranjera francesa, y se pone al teniente coronel Millán Astray al frente de la tarea. Millán Astray llama a quien en Oviedo es apodado el "comandantín". Quien había sabido bregar tan bien con los feroces moros sabría hacerlo igualmente con los "caballeros legionarios", desechos humanos de todas partes a los que iba a pedirse una ferocidad todavía mayor. Así fue, en efecto. José Millán Astray, otro "africanista" típico que contaba ya con varios balazos en el cuerpo, encontró en el "comandantín", entregado a la nueva misión con su concentración y minuciosidad habituales, un magnífico colaborador.

La nueva fuerza quedó organizada rápidamente. Con lo peor de cada casa, si se trataba de españoles. Con aventureros y criminales de todas las procedencias, si se trataba de extranjeros auténticos. A nadie se pedía allí cuentas. Allí todos serían "caballeros", siempre que mostraran un valor a toda prueba. Como lo habían mostrado y lo seguirían mostrando sus mandos. Arengas hiperbólicas. Escenas alucinantes. Se crea un espíritu de cuerpo. El fastidio es que el período de organización exige per-

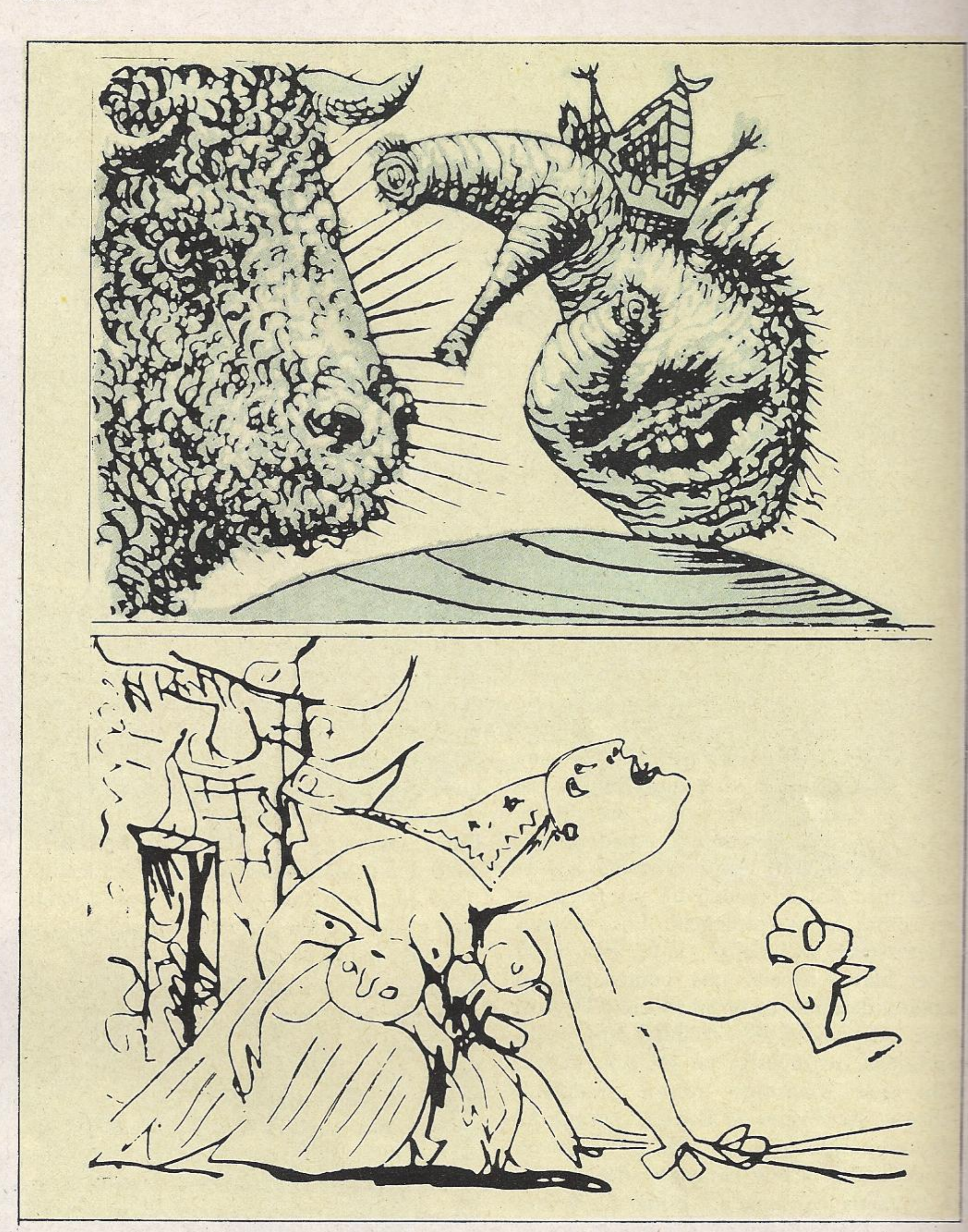
manecer en retaguardia. Cuando todos arden en deseos de batirse.

No tarda, sin embargo, la ocasión de hacerlo. En junio de 1921, se produce el desastre de Annual, una verdadera catástrofe. La penetración en el Rif, estimulada por el telegráfico "¡Olé, los valientes!" que Alfonso XIII envía al general Fernández Silvestre, se convierte en una ignominiosa y cruenta derrota. Muchos miles de muertos. La comandancia militar de Melilla se hunde y la misma plaza está en peligro. Todo el protectorado se levanta en armas. En la península, hay que llamar a las reservas, con inclusión de los "soldados de cuota". Se envían al alto comisario, el general Dámaso Berenguer, más de cien mil hombres. Se multiplican las apelaciones al patriotismo, los pasodobles marciales o toreros. Comienza la "reconquista". Muy penosa, muy lenta. En aquellos arreados reclutas, que nada tienen de voluntarios, falta el espíritu combativo.

No ocurre así con los "caballeros legionarios". Con Millán Astray y "Franquito" al frente, se lanzan al combate con auténtica furia. Todo les está permitido y, como tienen muchas bajas, todo se permiten. No dan cuartel. Violan, saquean, se ceban en quien cae con vida en sus manos. Pero avanzan. Para la mentalidad "africanista" es lo que importa.

Por la angustiada península circulaban relatos escalofriantes. Se decía que la duquesa de la Victoria, presidenta de la Cruz Roja española, había sido recibida en Melilla por los "caballeros legionarios" con una gran ofrenda floral en una cesta. "¡No quiero flores! —gritó la duquesa, en un acceso de frenesí patriótico—. ¡Quiero cabezas de moros!" Era, al parecer, sólo un decir. Pero los "caballeros legionarios" tomaron el patriótico grito al pie de la letra. Poco después, la horrorizada duquesa se vio ante la macabra ofrenda de una cesta llena de cabezas berberiscas.

No era un relato inverosímil, porque los "caballeros legionarios" se hicieron fotografiar en más de una ocasión exhibiendo cabezas de moros como trofeos. Monstruosidades así no han sido raras en las guerras coloniales. My Lai ha tenido muchos antecedentes. Pasaron los años y, no hace mucho, fiada en la poca memoria de la gente, una revista de Buenos Aires publicó una de esas horripilantes fotos con una leyenda que convertía a los legionarios en republicanos españoles. Denunciada y probada la superchería, la revista salió del paso diciendo que había sido sorprendida en su buena fe. Así se escribe la historia. En todo caso, el "comandantín" se batió como bueno al frente de aquella tropa feroz. Frío, distante, impasible, aceptándolo todo, como siempre. Durante dos años y medio. Pero sin ningún ascenso. Había entonces en Marruecos miles de oficiales de "valor probado". Muy dolido, Francisco Franco Bahamonde regresó a su regimiento



Sueño y mentira de Franco. *Grabado de Picasso 1937 (fragmento).*

del Príncipe, en Oviedo. Junto a su novia, Carmen Polo y Martínez Valdés. La guerra continuaba. Abd-el-Krim era un hueso muy duro de roer. Soñaba ya con la creación de una República del Rif.

No tardaría en comenzar el tercer período "africanista" del futuro Caudillo. El último y más glorioso. En uno de los innumerables combates, Millán Astray recibe varios balazos y queda convertido en ese frenético inválido que, en los comienzos de la guerra civil, lanzaría el grito de "¡Muera la inteligencia y viva la muerte!", que mataría al abrumado Unamuno. Su reemplazante, el teniente coronel Valenzuela, cae muerto a los pocos días. En seguida se piensa en Franco. Se lo asciende a teniente coronel y se lo envía a Marruecos para que se ponga al frente del Tercio. Antes fueron los "tabores" de moros. Ahora, serán las "banderas" de legionarios. Siempre con tropas en las que las bajas importen poco. Es lo que permite "guerrear de verdad". La guerra es durísima. Se ha extendido a todo el protectorado, y las fuerzas españolas sufren muchos reveses. En España se ha establecido la dictadura militar de Primo de Rivera, quien decide presentarse en Marruecos. El jacarandoso espadón, típico "señorito andaluz", está ya medio ganado por la idea del abandono de un territorio que cuesta tanto "proteger". Los oficiales "africanistas" se crispan ante esta idea. En el banquete con que homenajean al dictador, designan como su vocero a Franco, quien, sin perder esa frialdad que tanto impresiona, se muestra en extremo audaz. "Este que pisamos, señor presidente —dice—, es terreno de España, porque ha sido adquirido por el más alto precio y pagado con la más cara moneda: la sangre española derramada." Primo de Rivera regresó a Madrid resignado a que la guerra continuara.

Con su cerrada mentalidad de militar "africanista", nunca ha sido Franco un hombre de clara visión. Como se sabe, ese terreno tan disputado no es actualmente terreno de España, sino terreno marroquí. Pero antes tenían que ocurrir muchas cosas. Por de pronto, mientras continuaban los combates, las derrotas y los despliegues de heroísmo, Franco obtenía su ascenso a coronel. Siempre por "méritos de guerra". En febrero de 1925. Con treinta y un años de edad. Era una lucida carrera.

Aunque todo fuera de mal en peor para España en Marruecos. Hasta que Abd-el-Krim, llevado de su ambición, se pasó de la raya. Irrumpió con sus rifeños en el protectorado francés, donde se apoderó de varios puestos. París se alarmó. Entró en contacto con Madrid. Convenía operar conjuntamente para someter a tan peligroso rebelde. Se proyectó la operación de Alhucemas. Se concentrarían poderosos medios, se efectuaría un desembarco de tropas españolas en las costas rifeñas y se avanzaría derechamente sobre Axdir, el aduar que Abd-el-Krim había convertido en su "capital"y su "corte". Al mismo tiempo, las tropas francesas presionarían desde el sur. Primo de Rivera por el lado español y el mariscal Pétain por el lado francés lo conciertan todo. El desembarco será dirigido por el general Sanjurjo; tendrá a sus órdenes a lo más granado de los jefes "africanistas". Incluido, claro está, el flamante coronel Franco, que irá en las primeras barcazas al mando de una vanguardia compuesta de dos banderas del Tercio, un tabor de regulares, "mehalas" —tropas marroquíes con oficialidad española— de Larache y varias "harcas" —bandas irregulares— de "moros amigos". Nada de soldados peninsulares. ¡Tienen tan poco espíritu combativo!

Todo salió a pedir de boca, aunque no sin duros combates y muchas bajas. El furioso cañoneo de una flota franco-española "ablandó" las posiciones del enemigo. Se efectuó el desembarco. Se avanzó penosamente por el abrupto terreno. Se penetró en Axdir, donde se encontró un rico botín. Abd-el-Krim, que se había olvidado de que quien mucho abarca poco aprieta, terminó por entregarse a los franceses. Entre setiembre de 1925 y mediados de 1926 todo Marruecos quedó "pacificado". ¡Qué fácil había resultado lo que durante tantos años había parecido imposible! La pesadilla había concluido.

También había concluido, por el momento al menos, la carrera "africanista" de Franco. En febrero de 1926, el futuro Caudillo había sido ascendido a brigadier. Tenía treinta y cuatro años. Era, se decía, el general más joven de Europa. También era ya "gentilhombre de cámara de Su Majestad". Alfonso XIII mimaba a sus héroes. En adelante, Franco iba a pesar mucho en España. Hasta abrumarla.

España, 1917

En esta gran sinfonía militar de tema africano hubo varios interludios peninsulares. La España de la Restauración, tan duramente denunciada por la generación del 98, estaba experimentando muchas transformaciones, al compás de los agitados tiempos que vivía el mundo. Si Franco no puede ser separado de su contexto español, tampoco España puede ser separada del conjunto mundial del que forma parte.

Desde 1914, estaba en desarrollo la primera guerra mundial. El prolongado y cruento conflicto, que obligaba a tantas naciones a un máximo esfuerzo, se acercaba a sus postrimerías. Había por doquiera muchas tensiones y se estaba en vísperas de la Revolución de Octubre, que iba a crear en la derrotada Rusia el primer estado socialista del mundo. España, muy dividida ya entre derechas e izquierdas, con las primeras predominantemente germanófilas y las segundas con mayores o menores simpatías por los aliados, estaba realizando, al amparo de su neutralidad, grandes negocios. Vendía a buen precio a los aliados gran parte de su producción agrícola e industrial, con el consiguiente encarecimiento de la vida. Los de arriba se enriquecían todavía más, mientras los de abajo, siempre muy cerca del nivel de subsistencia, veían acentuada su miseria. Se vivía bajo un rígido patrón oro y era inimaginable una inflación monetaria como la inflación con que en nuestros tiempos se mitigan los efectos de los desplazamientos de rentas.

Los trabajadores españoles, con jornales de cinco pesetas en las ciudades y de peseta o peseta y media en el campo, comenzaban a tener mucha conciencia de clase. Contaban ya con dos poderosas organizaciones: la UGT, dominada por los socialistas, y la CNT, de signo anarquista. El sistema político de los dos partidos turnantes, basado en el caciquismo, tenía ya algunos tropiezos. Madrid, Barcelona y Bilbao estaban ya incluyendo en las Cortes a los primeros diputados republicanos y socialistas. Eran muy pocos, pero molestaban mucho. Había muchas huelgas. Se las reprimía con la guardia civil, convertida en fuerza policial urbana. Daba tres rápidos toques de atención y disolvía seguidamente a los grupos a tiros de máuser. El malestar general se reflejaba hasta en los militares, entre los que habían surgido las Juntas de Defensa, también una especie de organización sindical. El ambiente se enrarecía. Hasta que una conjunción de fuerzas de izquierda desembocó en la huelga general revolucionaria de agosto de 1917.

Fue un movimiento muy serio en todas las grandes ciudades y también, de modo muy especial, en la cuenca hullera asturiana, entre los mineros, ganados por el socialismo. Las clases altas españolas se alarmaron mucho. Recurrieron a todos sus medios de represión. Allí donde no bastaba la guardia civil, se proclamaba la ley marcial y se hacía intervenir al ejército. Como en Asturias, donde el "comandantín" distraía el aburrimiento de la vida de guarnición paseándose por la calle Uría y, superada de pronto su timidez con las mujeres, cortejando a Carmen Polo, a la que, sin duda, con su fría determinación habitual, había ya elegido como esposa.

El general Burguete envió a la cuenca hullera varias columnas de represión. Una de ellas, formada por una compañía de infantería, una sección de ametralladoras y una sección de la guardia civil, iba al mando del "comandantín", quien vio poca diferencia entre bregar con los moros del Rif y hacerlo con los mineros de Asturias. Tanto unos como otros eran "enemigos de la Patria" según él la concebía. "Chusma encanallada", como calificaría más adelante al pueblo cierto aristócrata. El paso de la columna de Franco por la cuenca minera fue muy sonado. Se hacía fuego al menor

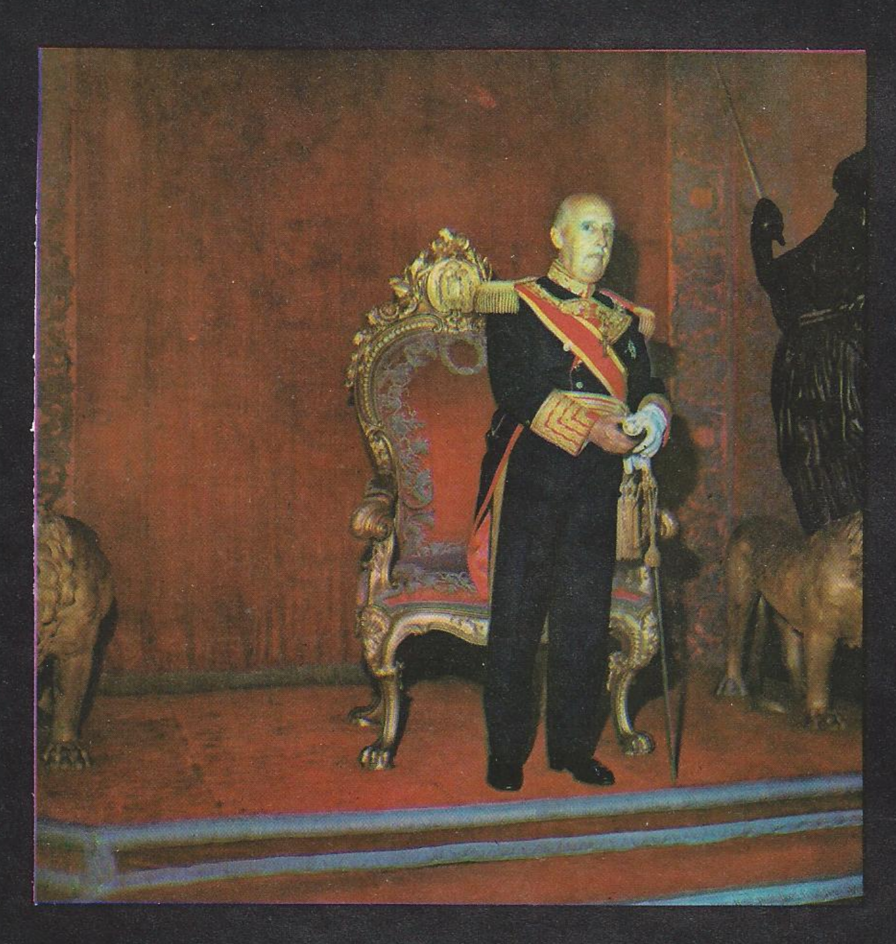
1



2

1. Las jerarquías adhieren al régimen.

2. Alfonso XIII *en compañía del marqués de Estella, Miguel Primo de Rivera y otros militares.*



El Generalísimo en uniforme de gala (EFE S. A.).

conato de resistencia. El levantamiento pronto fue dominado. La "huelga de agosto" dejó un saldo de más de cien muertos, varios centenares de heridos y algunos millares de presos. Con muchos asturianos entre las víctimas. La rígida estructura social española se estremeció, El Trono, la Espada y el Altar se pusieron en guardia. En cuanto al "comandantín", reveló que se podía contar con él para meter en cintura a los revoltosos. Volvió a su regimiento, sus paseos por la calle Uría y sus amores con Carmen Polo.

Los amores de Franco

Que se sepa, no hubo nada escandaloso en la vida amorosa de Franco, una vida que nunca representó para él gran cosa. Casi no tiene sentido hablar de los "amores de Franco". Tímido, de poco trato, frío, nada temperamental, no participó, ni como cadete ni como oficial, ni aun en el ambiente prostibulario marroquí, en las juergas y los enredos tan frecuentes en sus compañeros de armas. Llegó probablemente virgen a su matrimonio con Carmen Polo, un matrimonio aparentemente feliz. Casi podría llamárselo un matrimonio de conveniencia, una especie de contrato. Porque, si estamos a las apariencias, fue la unión de dos ambiciones. Muy al modo de la clase media en la España tradicional.

En 1916, convaleciente todavía de su herida, Franco se aburría en Oviedo. No era un hombre culto. Sólo había aprendido a mandar moros amigos y a matar moros enemigos. Comprendió que, si tenía mucha "escuela práctica", le faltaba casi totalmente "escuela teórica". Intentó el ingreso en la Escuela Superior de Guerra, donde se preparaban los oficiales de estado mayor. No lo consiguió, por razones un tanto oscuras. ¿No demostró la preparación mínima indispensable? En cambio, consiguió romper el muro de sus inhibiciones frente al otro sexo. Se enamoró, en la medida en que su índole tan peculiar permitía el enamoramiento.

La chica correspondió. Tuvo al principio dificultades, porque su familia, perteneciente a la "buena sociedad" ovetense, veía con malos ojos aquellas relaciones con un militar sin fortuna, por mucha fama de campeador que tuviera. La pareja insistió. Ninguno de los dos se comía los santos, pero los dos rendían, muy cumplidores, el debido culto al Altar.

La religión en España tiene características muy especiales. Es el producto de muchos siglos de cruzada contra los infieles, de la expulsión de judíos y moriscos en aras de la unidad religiosa, de nueve siglos de cruzadas contra los herejes y de siglos de Inquisición. Está integrada en la estructura nacional y acompaña a cada cual desde la cuna hasta la sepultura. Agobia, sofoca. Hasta la guerra civil fue convertida por los obispos —con unas pocas valientes excepciones— en santa cruzada contra el comunismo ateo. No puede asombrar demasiado que España sea también el país de las más refinadas blasfemias.

Cuando Franco regresó a Marruecos, los novios se cartearon. Sin grandes efusiones. Pero tenían parecidos cuadros de valores. Se entendían, y la joven Carmen estaba dispuesta a aceptarlo todo. Las largas ausencias, el riesgo de convertirse en "dolorida novia" o en "viuda de héroe". De nuevo el "héroe" en Oviedo, se reanudaron las relaciones. Desaparecida la oposición familiar, se convino la boda. Hubo un aplazamiento, porque la Patria llamó de nuevo y Franco, ascendido a teniente coronel, tuvo que partir una vez más a Marruecos para ponerse al frente de los "caballeros legionarios". Pero se le permitió una escapada para casarse. Y el 16 de octubre de 1923, Francisco Franco Bahamonde y Carmen Polo y Martínez Valdés contrajeron matrimonio en la iglesia ovetense de San Juan. Con el general Losada, gobernador militar de Asturias, como padrino, en representación del mismo Alfonso XIII. En adelante, tendría Franco un firme apoyo familiar. No es poco para un soldado.

Las malas lenguas dicen que Carmen Polo tiene mucho sentido práctico y no descuida sus propios intereses. Ni los de los suyos. Pero ¿qué puede esperarse cuando se ha estado tan cerca de quien ha ejercido un poder absoluto durante tantos años, como firme baluarte de la "España eterna"? Seamos justos. He aquí la descripción que hace de María del Carmen Polo de Franco el "Diccionario Enciclopédico Abreviado" editado por Espasa-Calpe en 1957: "Ilustre dama española, nacida en Oviedo, esposa del Jefe del Estado, Generalísimo Franco, con quien contrajo matrimonio en 1923, bajo el padrinazgo de Su Majestad el Rey Don Alfonso XIII. Durante la guerra de Liberación, permaneció en el cuartel general de su esposo. Alejada en absoluto de la política, tiene una alta significación como esposa y madre ejemplar de un hogar cristiano y español y por su consagración a obras de caridad y beneficencia." ¿Quién ante esto tiene nada que decir?

Se afirma que otro de los amores de Franco fue su hija única, Carmencita. El "Jefe del Estado", personificación a la vez del Trono y de la Espada, la casó sin relumbrón excesivo, muy a lo burgués. Con un médico, Cristóbal Martínez Bordiú, marqués de Villaverde. Es ese cirujano que, tal vez agobiado por su papel de yerno del Caudillo, buscó una turbia notoriedad en los trasplantes de corazón, la "cirugía de vanguardia", tan segadora de vidas, que puso de moda el doctor Barnard.

¿Los nietos? Cuando apareció el tercero, por fin un varón, el Caudillo se puso de pronto en movimiento. Hizo que sus Cortes de Procuradores decidieran solemnemente que la criatura debía llamarse Francisco Franco Martínez y no Francisco Martínez Franco como le correspondía. ¿Alberga el endiosado "Jefe del Estado" el loco sueño de crear una dinastía? No es imposible. Como no es imposible que el nieto comience a decirse que hay herencias y legados que deben aceptarse a beneficio de inventario. La historia puede hacerlos muy pesados y, al fin de cuentas, el apellido Martínez, tan frecuente en España, no tiene nada de desdoroso.

¿Se agota así la capacidad amatoria y afectiva de Francisco Franco Bahamonde? Tal vez no. Se declaró muchas veces un "devotísimo hijo" del Santo Padre, como se lo recordó, en cable dirigido a Manila, al agredido Paulo VI. Però es indudable que quien fue cruel con tantas vidas y tantos hogares, sean o no cristianos y españoles no podía reservar en su interior mucho sitio para las cosas del corazón.

El "Diario de una bandera"

Sus panegiristas atribuyen al Caudillo toda clase de talentos. Incluido el literario. Citan su "Diario de una bandera", redactado mientras organizaba el Tercio con impaciencia y lo llevaba a la acción con ardores combativos, como una obra maestra. No lo es, desde luego. No pasará a las antologías. Más bien parece un "pecado de juventud", en el que se incurrió tal vez pensando que el mando exige tener algo del escritor y del orador. Pero está escrito con cierta ingenua espontaneidad. No aflora en él ninguna "gramática parda", con la que es indudable que no se eluden las balas. Aflora, en cambio, una total falta de imaginación, carencia muy útil para mantenerse sereno y frío mientras las balas silban. Y, en todo caso, es una muestra cabal de cómo, en aquella España de la Restauración, podía quedar formada, informada, reformada, conformada y deformada de modo irreversible la mentalidad de un joven militar español.

He aquí cómo describe el "Diario" la primera arenga que Millán Astray, el maestro, dedica a los "caballeros legionarios": "Con palabras elocuentes les dice el compromiso que van a contraer. La legión les abre sus puertas, les ofrece olvido, honores, gloria; se enorgullecerán de ser legionarios; recibirán sus cuotas y percibirán los haberes prometidos; podrán ganar galones, alcanzar estrellas. Pero, a cambio de esto, los sacrificios han de ser constantes; los puestos más duros y de más peligro serán para ellos; combatirán siempre, morirán muchos, quizá todos." No hay que ser psicólogo para imaginarse cómo recibirán esta arenga los flamantes "caballeros", muchos de ellos criminales que huían de la justicia. Pero la disciplina es de hierro, y pronto los legionarios obtienen su espaldarazo. Ya son soldados, sin más afán que el de entrar en combate. Helos aquí desfilando: "Después de un pequeño alto, desfilan por la plaza de España, ante nuestro general



El general Sanjurjo conversando con el entonces comandante Francisco Franco en Ras-Medun, Marruecos, 1921.

en jefe, los legionarios; la gente se apiña a su paso y es ante el desfile de estos recios soldados cuando se siente la grandeza de la raza." ¡La raza del Tercio de Extranjeros!

Y ¡esa estúpida península que no acierta a comprender tanta grandeza! El "Diario" se lamenta: "En nuestra vida de Xauen, nos llegan los ecos de España. El país vive apartado de la acción del Protectorado y se mira con indiferencia el sacrificio del ejército y de esta oficialidad abnegada que un día y otro paga su tributo de sangre entre los ardientes peñascos." ¡Ya llegaría el momento en que se pagaría muy cara esta indiferencia!

¿Fanatismo? ¿Locura? No. Una mentalidad militar en el "páramo espiritual". Una mentalidad que compartía el propio rey. Ramón Menéndez Pidal, en *Los españoles en la historia y la literatura,* nos recuerda el lenguaje que Alfonso XIII empleó ante Pío XI, recién establecida la dictadura militar de Primo de Rivera en España y en clara alusión a los entonces tan temidos bolcheviques. "La monarquía, en su última fase —dice Menéndez Pidal—, formuló con la mayor solemnidad la negación de la otra España. Fue con ocasión de la visita de Alfonso XIII a Roma, en noviembre de 1923. El rey, en su discurso en el Vaticano, anuncia al Papa que la España de hoy continúa la España de Felipe II, guerrera a nombre de la Iglesia: "Si en defensa de la fe perseguida, nuevo Urbano II, levantarais una nueva cruzada contra los enemigos de nuestra sacrosanta religión, España y su rey jamás desertarían del puesto de honor". Sobre lo cual afirma el rey la unanimidad del país, "los anhelos de mi pueblo todo", recordando en especial "la consagración que en el Cerro de los Angeles, con aplauso de todos mis súbditos y la presencia de mi Gobierno, hice de España al Corazón Sacratísimo de Jesús". . . .

Habría, sí, una nueva cruzada. No como la simbolizada por Ticiano en su conocido cuadro "La religión socorrida por España". No con Alfonso XIII, que, destronado, moriría en el destierro. Pero con el Caudillo, contra esa España siempre negada que se niega, sin embargo, a dejar de ser.

El brigadier Franco

La Europa de la posguerra vivía muy angustiada y tensa, mientras Estados Unidos, al que el conflicto había procurado un gran impulso económico, vivía, al amparo de su aislamiento, sus "años locos". Alarmaba mucho la consolidación de la revolución soviética, que había sido capaz de resistir la guerra civil, la intervención, el bloqueo y el hambre. Se temía el contagio. En un país tras otro se desechaban los regímenes democráticos y se establecían dictaduras. Había surgido el fascismo.En Italia. Era una fórmula que iba a tener muchas imitaciones. Mussolini, nombrado



1. ¡No pasarán! *La desesperada resistencia final del pueblo madrileño ante el avance de las tropas monárquicas se pone de manifiesto en las calles.*

2. *Escolares españoles saludando la imagen del Caudillo.*

"Duce", había conquistado fácilmente el poder con su "marcha sobre Roma" del 28 de octubre de 1922.

¿Las características esenciales del fascismo? Anticomunismo militante, sin perjuicio de un empleo demagógico de la terminología marxista. Totalitarismo. "Todo en el Estado —repetía una y otra vez Mussolini—, nada contra el Estado, nada fuera del Estado." Partido único, como en la Unión Soviética, pero no como expresión de la "dictadura del proletariado", sino como expresión de la "dictadura del Estado totalitario". Y proyección de la lucha de clases hacia la esfera internacional: naciones proletarias —sin imperios coloniales— y naciones plutocráticas, pueblos elegidos, "voluntad de imperio". Los cuadros fascistas se reclutaban principalmente entre los estratos inferiores de la clase media, muy afectados por las consecuencias económicas de la guerra, especialmente por la inflación. Estaban muy dispuestos a servir al de arriba, a cambio de los gajes del poder.

El golpe de estado que dio el general Primo de Rivera, entonces capitán general de Cataluña, en setiembre de 1923, con la complicidad manifiesta del rey, se inspiró sin duda en lo ocurrido en Italia, pero tuvo una causa más inmediata. Fue Marruecos. La Constitución, aunque era el fundamento jurídico de la Rsetauración, estorbaba. Iba a ser debatido en las Cortes el expediente instruido para determinar las responsabilidades del desastre de Annual y de la situación en Marruecos, que seguía siendo mala. Era un asunto muy feo, del que Alfonso XIII "el Africano", iba a salir mal parado. Como la agitación social era ya muy seria en España, con una dictadura militar se mataban dos pájaros de un tiro.

Esta dictadura militar no llegó a ser un régimen fascista. Se quedó a mitad de camino. Hizo demagogia e introdujo algunas reformas sociales. Obtuvo colaboraciones civiles y se creó su propio partido, la Unión Patriótica. Organizó una Asamblea consultiva en sustitución de las Cortes y combatió el paro forzoso con obras públicas. Cometió bastantes fechorías, especialmente en Barcelona, donde el general Martínez Anido, con su metódica aplicación de la "ley de fugas" a los sindicalistas revoltosos, adquirió una fama poco envidiable. Se registraron bastantes escándalos, pues no en vano era el general Primo de Rivera un prototipo del "señorito andaluz". Pero fue una dictadura impuesta a destiempo, por lo que queda dicho, y terminó por provocar la ruina de la monarquía.

Una de las cosas que hizo Primo de Rivera, artillero frustrado, fue meter en cintura a artilleros e ingenieros, los dos orgullosos cuerpos "aristocráticos". ¡Había que terminar con las distinciones! Los artilleros de algunas guarniciones se indisciplinaron, pero se los dominó con unos cuantos tiros. El teniente Tordesillas, recién salido de la academia y destinado a Pamplona, fue la única víctima de aquel conflicto. Se crearía una Academia General, con sede en Zaragoza. En ella cursarían sus dos primeros años todos los muchachos que sintieran la nobilísima vocación de las armas, antes de distribuirse entre las diferentes academias especiales. Y ¿podía encontrarse mejor director de la Academia General que "Franquito", el "africanista" de valor legendario, el héroe que se aburría, "pacificado" ya Marruecos, en su destino madrileño de flamante brigadier?

Franco aceptó el nuevo puesto con entusiasmo. ¡Iría a formar "caballeros cadetes" como antes había formado "caballeros legionarios"! Lo organizó todo rápidamente. ¿Los profesores? Serían héroes "africanistas" como él. Habría pocas clases teóricas, pero mucha disciplina y la infusión de un nuevo espíritu. Fidelidad al rey. Amor a la Patria, encarnada en el Trono, la Espada y el Altar. Aceptación de todos los sacrificios heroicos, como prolongación natural de una historia gloriosa a pesar de todas las derrotas. Se redacta un "decálogo del caballero cadete". Y se multiplican las arengas.

El flamante director advierte cada vez más que el ejercicio del poder, del alto mando, exige ciertas dotes de escritor y orador. Hace ejercicios de estilo y declamación. Forma a los chiquillos en el patio y les endilga frecuentes discursos. Supera la corta estatura manteniéndose muy tieso y hasta poniéndose de puntillas. Trata de enronquecer su aflautada voz, de dominar los importunos gallos. Sabe que, en cambio, figuran en su activo su aureola de héroe, la profunda impresión que causan su impasibilidad, la fijeza de su fría mirada inexpresiva. Pero la tónica de sus arengas es la misma que la del "Diario de una bandera". La mentalidad no cambia y se traduce en una larga serie de patrióticos lugares comunes. "No es la vida militar camino de regalo y deleite; como os hemos anunciado, encierra grandes penalidades, trabajos, sacrificios; gloria también, mas, como las rosas, surge entre espinas." Alfonso XIII está entusiasmado con su "Franquito". ¡El muy barbián! ¡Cuánto coraje y cuánta sabiduría en un hombre tan menudo! Bien merece una honra más. El 4 de junio de 1929, el monarca en persona prende una nueva condecoración en el pecho del brigadier, en una solemne ceremonia celebrada en el paseo de coches del Retiro madrileño.

Pero, entretanto, la situación empeora rápidamente en España. Como, en realidad, por doquiera, pues, con el hundimiento de la Bolsa de Nueva York en 1929, se ha iniciado ese período que los economistas llamarán la "Gran Depresión" de la década de 1930, con sus legiones de desocupados, sus crecientes tensiones sociales y el avance del fascismo. Ante el malestar generalizado y una oposición que parece multiplicarse, la dictadura trata de endurecerse. Deporta, encarcela, multa, cierra el Ateneo de Madrid. Todo es inútil. Finalmente, el rey y los capitanes generales "retiran su confianza" a Primo de Rivera, quien se refugia en París. Hay que volver a la Constitución. La dictadura se transforma en "dictablanda". Se forma un gobierno presidido por el general Berenguer ya conde de Xauen, el antiguo alto comisario en Marruecos. Aunque "pacificado", Marruecos sigue pesando mucho en la península.

El ambiente se ha enrarecido muchísimo. Se está cerca del punto de rotura. En el otoño de 1930 se firma el pacto de San Sebastián, origen de una formidable coalición de republicanos y socialistas, con participación de eminencias intelectuales y de políticos que renuncian a su antigua fe monárquica. Ortega y Gasset lanza su *Delenda est monarchia!*, una condenación que, en aquel ambiente, dicha a lo pedante en latín por un docto, tiene curiosamente una fuerza especial. Y en diciembre de 1930 se produce el levantamiento republicano de la guarnición de Jaca, dirigido por los capitanes Galán y García Hernández y con chispazos en otras partes. Incluido el aerodromo madrileño de Cuatro Vientos, donde el hermano del futuro Caudillo, Ramón Franco, el del "Plus Ultra", figura entre los sublevados.

Fruto de la impaciencia, mal organizado, el movimiento fracasa totalmente. Pero, en estas circunstancias, Francisco Franco Bahamonde toma por sí y ante sí una extraña iniciativa. ¿Considera que la República es una imposibilidad y que se le presenta una ocasión pintiparada para demostrar una vez más su fidelidad al Trono, tan ensalzado en sus arengas? Hace que su chiquillería tome los fusiles y parte con ella hacia Huesca, carretera adelante. Es un paso innecesario y un tanto ridículo. No revela, desde luego, una clara visión. La columna rebelde es interceptada en Cillas por tropas de Huesca y Zaragoza. Bastan unos pocos tiros para que se disperse. Galán y García Hernández se rinden y asumen gallardamente toda la responsabilidad del levantamiento. Juzgados sumarísimamente, condenados a muerte y puestos ante el piquete, mueren gritando "¡Viva la República!". En España siempre se ha sabido morir.

El ambiente se enrarece todavía más. Dimite Berenguer y es reemplazado por el almirante Aznar. Se traza un meditado plan para el retorno a la normalidad constitucional. Se celebrarán primero elecciones municipales —nunca han tenido un carácter muy político—, luego provinciales y finalmente, ya asegurado el tinglado caciquil, parlamentarias. Se señala el 12 de abril de 1931 como fecha para las elecciones municipales. Restablecidas las libertades constitucionales, la campaña electoral es animadísima. Hay muchos presos políticos y la conjunción republicano-socia-

1



1. Francisco Franco con su esposa Carmen Polo, en el Teatro Real de Madrid. 28 de mayo de 1968

2. Francisco Franco

2

lista incluye una amnistía general en sus demandas proselitistas.

Llega el 12 de abril y se produce lo inesperado. Las elecciones municipales se transforman en un referéndum demoledor. En todas las ciudades de alguna importancia, las candidaturas republicanas arrollan a las monárquicas. El viejo sistema caciquil sólo ha funcionado en los pueblos y aldeas, en los que Manuel Azaña iba a denominar los "burgos podridos", traduciendo la expresión inglesa *rotten boroughs*. Aquello era un total repudio al "felón", a aquel Alfonso XIII en el que muchos veían una reencarnación de Fernando VII. Los monárquicos, incluidos los espadones mimados por el rey, quedaron atónitos, inhibidos, paralizados. Oigamos el testimonio de José María Gil Robles, monárquico sucesivamente confeso, vergonzante y confeso, el hombre que, como jefe de la Confederación Española de Derechas Autónomas, iba a tener influencia tan perturbadora en la República. "El resultado de las elecciones municipales de 1931 —nos dice— sorprendió por completo a las derechas españolas . . . En los círculos políticos, de vida más que precaria, y en los órganos periodísticos de derecha se daba por descontado un resultado favorable a la causa de la Monarquía."

El pueblo se lanza en todas partes a la calle. Alborozado, frenético. Es la España negada, que, sin embargo, existe. Eíbar, un centro industrial guipuzcoano, proclama por sí y ante sí la República. El monarca efectúa febriles consultas. ¿Con quién puede contar? Con nadie. Hasta sus fieles espadones lo abandonan. Hasta el impulsivo general Sanjurjo le dice que no responde de la Guardia Civil. Madrid es un hervidero. Finalmente, Alfonso XIII decide irse con toda su familia. "Para evitar derramamientos de sangre", dice.

¿Qué hace en esta ocasión el brigadier Franco, el hombre que, unos meses antes, había recibido al rey y a Berenguer en la Academia General, con ocasión de la jura de la bandera de la primera promoción de "caballeros cadetes"? No saca esta vez su espada en defensa del Trono. Su "fidelidad al Rey" no llega a tanto. No es hora de "sacrificios heroicos". Reúne a sus chicos y les dice: "Proclamada la República en España, concentrados en el gobierno provisional los más altos poderes de la nación, a todos corresponde en estos momentos cooperar con su disciplina y sólidas virtudes a que la paz reine y que la nación se oriente por los naturales cauces jurídicos". En otros términos, hay que desensillar hasta que escampe. Ahora sí es útil la "gramática parda".

Franco y la República

¿Cuál de las dos Españas, si cabe expresarse así, es la verdadera? ¿La de arriba o la de abajo? En todo caso, la de abajo siempre ha pecado de ingenua. Cuando impuso a la monarquía absoluta la primera Constitución que tuvo el país, la de 1812, la aclamada con el "¡Viva la Pepa!" como sancionada el día de San José en Cádiz, en plena guerra contra Napoleón, comenzó proclamando que "todos los españoles son honrados y valientes", a pesar de que puso a su frente a "Fernando VII, por la gracia de Dios y la Constitución de la Monarquía, rey de las Españas". Es decir, a un personaje que de honrado y valiente no tuvo nada.

Tampoco la Constitución que se dio la Segunda República Española es un modelo de técnica jurídica, a pesar de que en su elaboración intervinieron destacados juristas, encabezados por el penalista Luiz Jiménez de Asúa. Resultado de muchas transacciones, contiene preceptos que causan una perplejidad risueña. Como el que declara —artículo 1º— que "España es una República democrática de trabajadores de toda clase", expresión amplísima que abarca inclusive al negociante y al potentado que administra sus rentas. Aunque tal vez se dio inadvertidamente en el clavo, porque lo que llamamos trabajo es, en realidad la acción de los físicos y todos estamos "en acción" desde la cuna hasta la sepultura y, en este sentido, los "trabajadores" más eficientes son sin duda los ricos. O como la declaración solemne —artículo 6º— de que "España renuncia a la guerra como instrumento de política nacional". Al no renunciarse al mismo tiempo a las fuerzas armadas, a la inflación militar que España padecía, esta renuncia no impidió que el país se viera desgarrado al poco tiempo por una de las más crueles guerras civiles que recuerda la historia.

Bajo esta Constitución del 9 de diciembre de 1931, la Segunda República Española tuvo una vida tan breve como agitada y desembocó en una verdadera catástrofe nacional. Tres elecciones parlamentarias, las de junio de 1931, noviembre de 1933 y febrero de 1936. Dos presidentes de la República, el destituido Don Niceto Alcalá Zamora y Don Manuel Azaña. Una larga sucesión de gobiernos de izquierda, de centro y de derecha. El levantamiento monárquico de agosto de 1932, fácilmente sofocado. El levantamiento izquierdista de octubre de 1934, cruelmente reprimido. La reacción del "bienio negro", con Lerroux, el "republicano histórico", y Gil Robles y su CEDA —una especie de caballo de Troya—, como republicanos de circunstancias. Los estatutos de las autonomías regionales aclamados en los correspondientes plebiscitos por mayorías abrumadoras de catalanes, vascos y gallegos, con gran crispación del derechismo centralista. Muchas huelgas. Muchos desórdenes. Muchos tiros, con las consiguientes víctimas, de los máuseres de la Guardia Civil. Enconos crecientes. Conspiraciones continuas. La República amagaba sin golpear. Anunciaba reformas irritantes para las clases altas, pero conservaba íntegro el aparato estatal heredado de la monarquía.

No es que los pueblos peninsulares fueran "ingobernables", como se ha dicho más de una vez. Con su paso incruento de una monarquía milenaria a la República habían demostrado su muy evolucionada conciencia política y social. Es que, como cada cual, eran ellos mismos y sus circunstancias. Y sus circunstancias eran en extremo difíciles. En aquel mundo muy tenso, sumido en la "Gran Depresión", el fascismo ganaba terreno. El régimen de Mussolini se había consolidado y merecía las alabanzas de Winston Churchill. Desde 1933, el nazismo, con Hitler, el Führer, al frente, era más que una amenaza; había conquistado el poder en Alemania. Se estaba poniendo a muchos países ante la disyuntiva de la dictadura del estado totalitario o la revolución. En realidad, se estaba avanzando a paso de carga hacia la segunda guerra mundial.

Ya había fascistas en España. Con ideas copiadas de las de Mussolini y Hitler. Con el pintoresco escritor Ernesto Giménez Caballero, como elemento intelectual, y el capitán aviador José Antonio Ansaldo, como jefe de sus "elementos de acción", eran el producto de la fusión de tres reducidos grupos, los de Ramiro Ledesma Ramos, Onésimo Redondo y José Antonio Primo de Rivera, hijo del ya fallecido dictador. Carecían de caudal electoral. Pero eran una inmisericorde fuerza de choque. "Era ingrata y difícil tarea —escribió Ansaldo— iniciar a un grupo de seres humanos en la terrible misión de matar a sus semejantes. ¡Pero se consiguió al fin!" Mataban, en efecto. Provocaban represalias. Y la inseguridad generalizada servía a las "fuerzas del orden" para denunciar a la República como fomentadora de la anarquía y el caos.

Cuando el triunfo del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936 pareció indicar que la República se disponía a golpear de verdad, la tensión llegó a extremos indescriptibles. Hacía tiempo que los conspiradores habían entrado en contacto con Hitler y Mussolini. Hacía tiempo que tenían agentes en todos los cuartos de banderas, pues lo fiaban todo a un levantamiento militar, con los generales "africanistas" al frente. Aceleraron los preparativos, al amparo de la inverosímil ingenuidad de los gobernantes republicanos, para quienes las advertencias de los militares que les eran leales no eran más que "cuentos de miedo". No es cierto que las trágicas muertes del teniente republicano José del Castillo y del dirigente monárquico José Calvo Sotelo, abogado muy capaz, el ministro más destacado que tuvo el general Primo de Rivera, provocaran el estallido de julio de 1936. A lo sumo, fueron simples detonantes. Estaban fijadas ya las fechas. "Nuestro deber —había dicho tiempo antes José Antonio Primo de

Rivera— es ir, con todas las consecuencias, a la guerra civil".

¿Qué hizo Francisco Franco Bahamonde durante estos agitados tiempos? Se movió con pies de plomo. ¿El rey y la monarquía? Parecían importarle muy poco. Tenía conciencia de su mucho prestigio, reconocido hasta por el dirigente socialista Indalecio Prieto. Tal vez estaba ya devorado por la ambición. Tal vez se decía que a un general es más fácil presidir una República que ocupar un trono y fundar una dinastía. Como integrante de las "fuerzas del orden", siempre fue un conspirador en potencia, sondeado una y otra vez. "¿Qué hace Franco?", preguntaba tal o cual general o tal o cual político cuando sobrevenía una crisis. Pero Franco no daba ningún paso aventurado. Se mantenía hierático, distante, sabedor de que era una actitud que le sentaba muy bien y que impresionaba mucho. "Yo sólo me sublevaré para triunfar", dijo a unos amigos.

Aceptó sin chistar la disolución de su muy amada Academia General, y, aunque se quedó sin destino, no se acogió al generoso retiro ofrecido por las "reformas de Azaña", quien, entonces ministro de la Guerra, ponía empeño en reducir la "inflación militar". Juró fidelidad a la República como antes había jurado fidelidad al rey. Se negó a participar en la sublevación de agosto de 1932, encabezada desde Sevilla por el impulsivo Sanjurjo, sin más consecuencias para el rebelde, en agudo contraste con lo ocurrido a Galán y García Hernández, que una breve permanencia en el penal santanderino del Dueso. Aunque mirado con recelo por muchos, Franco era un "general republicano". Fue ascendido a general de división y enviado, en sucesivos destinos, a las Canarias y al "pacificado" Marruecos, donde se dijo sin duda que era una lástima que estuvieran sin empleo aquellos magníficos regulares moros y aquellos espléndidos "caballeros legionarios" cuando había tantos alborotos en la península.

Pronto tuvo, sin embargo, ocasión de utilizarlos. Llegó el "bienio negro" y Gil Robles pasó a ser ministro de la Guerra en el gobierno de Lerroux. El jefe de la CEDA mimó a los militares, se rodeó de generales "africanistas", separó de los mandos a quienes confesaban abiertamente su republicanismo, y nombró a Franco, al hombre que no había podido pasar por la Escuela Superior de Guerra, jefe del Estado Mayor Central. Las izquierdas veían que la República iba a acabar como Troya, con el enemigo adentro. Se levantaron y el alzamiento adquirió caracteres muy serios en Asturias. Con carta blanca, Franco envió al principado a sus moros y sus legionarios. Los mineros asturianos se defendieron desesperadamente y fueron sometidos a una represión feroz. Se los trató como a rifeños. Tuvieron más de cuatro



1



2



3



Rodeado por algunos hombres de su confianza, Franco en una excursión de pesca

En la página 21:

1. El Caudillo pintando

2. El Jefe de Estado español saluda, en el Palacio del Prado, al general Jorge Nocheti Campos, presidente del Comité Olímpico de la República Argentina, en compañía del embajador de dicho país en España

3. El tenista español Manuel Santana saluda al General Franco

mil muertos. Todo les fue permitido a los "liberadores". ¡Qué renombre poco envidiable adquirieron entonces el coronel Yagüe, jefe del Tercio, y el comandante Doval, uno de los jefes de la Guardia Civil! En Madrid, Franco, frío, respetuoso con el ministro, no pestañeaba. Estaba imponiendo el orden, "pacificando". Al modo como lo había hecho en Marruecos.

¿Qué faltaba ya para el golpe de estado que pusiera fin a la República? Las derechas lo esperaban. Vieron una ocasión ideal para él cuando el gobierno de Lerroux se hundió en el lodo de dos sonados escándalos administrativos, el del *straperlo* y el de Nombela. ¿Abandonaría Gil Robles, con Franco a su lado, el ministerio de la Guerra? Pero Gil Robles no tenía arrestos napoleónicos y Franco no veía las cosas claras. La represión había vuelto a unir a las izquierdas y la efervescencia era mucha. Se bajó de nuevo al llano. En febrero de 1937, en plena guerra civil, cuando corría la sangre a mares, Franco, ya "Jefe del Estado", en carta a Gil Robles, después de calificar la tragedia de "graves sacudidas, indispensables y santas, pero dolorosas", exculpó al jefe de la CEDA por la pérdida de la oportunidad. No se habían agotado aún, dijo, los "cauces legales". ¿O no estaba todavía bien preparada la sublevación?

Los "cauces legales" llevaron al triunfo del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936. Ni aun entonces abandonó Franco su cautela. El nuevo gobierno, el de Casares Quiroga, lo envió como "castigo" a que se hiciera cargo de la comandancia general de las Canarias. Lejos de la península, pero cerca de Marruecos. ¿Ceguera? ¿Inconsciencia? Entretanto, los muchos confabulados, con el general Emilio Mola, al frente en Pamplona de la Duodécima Brigada y de los fanáticos requetés, como coordinador general, presionaban. "¿Qué hace Franco?", preguntaban muchos de ellos.

Franco, que había pensado inclusive en presentar su candidatura a diputado por Cuenca, seguía vacilando en Santa Cruz de Tenerife, junto a su fiel Carmen y su mimada Carmencita. Solo se decidió en los primeros días de julio, y solo después de la muerte de Calvo Sotelo lanzó su *¡Alea jacta est!* Su Rubicón fue el paso en avión de Canarias a Marruecos, donde las tropas se habían sublevado en la mañana del 17. Desde luego, no se podía esperar más. "Con Franquito o sin Franquito", había dicho en Lisboa el impaciente Sanjurjo, dispuesto una vez más a la aventura.

Sea como fuere, la decisión de Franco tuvo mucha importancia. "Constituyó también un motivo grave de preocupación e incertidumbre, hasta última hora —nos dice Gil Robles—, la actitud aparentemente indecisa del general Franco. Todos, y Mola el primero, reconocían que tenía mucho más renombre y prestigio que nadie. Contaba, además, con el apoyo decidido de las tropas de Africa y la adhesión personal, entre otros, de Yagüe, Kindelán, Varela, Rada y Orgaz". ¡Siempre Marruecos! El avión de Franco, fletado en Londres por los conspiradores, llegó a Tetuán, después de una prudente escala en Casablanca, con las primeras luces del día 19. ¿Dominaban los alzados la situación en el protectorado? Sí; desde la altura se los veía formados, a la espera de quien debía acaudillarlos. Allí estaban los regulares, los legionarios, las mehalas. Con ellos se emprendería la conquista de España. Con ellos y con la ayuda, claro está, de Mussolini y Hitler.

Comenzaba para España una inmensa tragedia. Sería el preludio de la que esperaba al mundo.

El Caudillo

Fue una larga guerra civil, de una crueldad estremecedora. La tónica la establecieron desde el principio los militares sublevados. Se atenían a una circular del general Mola, quien había señalado que el triunfo exigía que "se estrangulara" de modo implacable hasta el menor conato de resistencia. La norma fue aplicada con el máximo rigor en el propio Marruecos, dominio ya de Franco. Fueron fusilados allí todos los jefes militares y dirigentes civiles que se enfrentaron con el levantamiento, con inclusión de los generales Romerales y Núñez de Prado. Con inclusión también del comandante Lapuente Bahamonde, primo de Franco, a quien éste había recomendado en 1932 que no se mezclara en la revuelta de Sanjurjo.

Algo parecido ocurrió en Navarra, provincia de tradición derechista, donde Mola se impuso fácilmente, ayudado por la poderosa organización paramilitar de los requetés carlistas. En realidad, algo parecido ocurrió en todos los lugares donde triunfó el levantamiento militar, con lucha o sin ella. Y en la "caza de republicanos" colaboraron con entusiasmo los grupos fascistas, cuyos cuadros aumentaron rápidamente. Iban a constituir la primera "base política" del movimiento. Con "camisas azules", al modo de las "camisas negras" italianas y las "camisas pardas" de Alemania.

En el campo republicano, hundido virtualmente todo el aparato estatal, se replicaba a la violencia con violencia. También en él corrió mucha sangre. Sería injusto, sin embargo, no señalar una diferencia muy importante. Entre los "facciosos", la furia homicida era fomentada desde arriba. Entre los "leales", las autoridades subsistentes trataron en general de frenarla, y amedida que reconstituyeron el aparato estatal lo lograron.

¿Cuántas fueron las víctimas del frenesí fratricida en las retaguardias? Nunca se sabrá. Además, las cifras en casos así dicen muy poco. Fueron más víctimas que las de los combates, sin embargo muy cruentos. Fueron muchas más sin duda las de la retaguardia "nacionalista" que las de la "republicana", aunque, desde luego, para algunos no es lo mismo matar a un conde o un obispo que matar a un obrero o un campesino anónimo. El escritor católico Georges Bernanos nos dice lo que vio en Mallorca, donde los alzados apenas hallaron resistencia y donde, por cierto, Ramón Franco, siempre inestable, perdió la vida en un accidente de aviación, mientras, al servicio de su hermano, trataba de que se olvidaran sus pruritos republicanos y hasta anarquistas. "Los atrapaban cada anochecer —se lee en *Les Grands Cimetières sous la lune*— en las aldehuelas, a la hora en que vuelven de los campos; partían para el último viaje, con la camisa pegada a la espalda por el sudor, con los brazos todavía llenos del trabajo del día, dejando la servida sopa sobre la mesa y a una mujer que llegaba demasiado tarde a la entrada del jardín, jadeante con el hatillo envuelto apretadamente en la toalla nueva: ¡Adiós, recuerdos!". Y el obispo de Pamplona, monseñor Marcelino Olaechea, uno de los que, con el brazo en alto, dieron al "Movimiento" la calificación de "Cruzada", terminó por suplicar a sus feligreses, aterrado ante lo que presenciaba: "¡Perdón, perdón! ¡Sacrosanta ley del perdón! ¡No más sangre! ¡No más sangre!".

Fue también una guerra civil que no hubiera durado mucho sin la intervención de la Italia de Mussolini y la Alemania de Hitler. Comenzó esta intervención con el envío de escuadrillas de la aviación italiana a Franco. Son los aviones que obligaron a la flota republicana a alejarse del estrecho y permitieron el rápido traslado de las tropas de Africa a la península. En el muy documentado trabajo de Stanley G. Payne, *Falange, a History of Spanish Fascism*, se lee: "Fue la decisiva intervención de los alemanes y los italianos lo que convirtió la rebelión del ejército en una guerra civil. Sin sus contribuciones, las fuerzas republicanas hubieran podido probablemente dominar la situación en pocas semanas. Con esta ayuda, los rebeldes pudieron reunir el material necesario para una marcha sobre Madrid".

Pero no corresponde aquí hacer un relato de la guerra civil española. Corresponde únicamente seguir a Francisco Franco Bahamonde en su ascensión de general de división de 44 años de edad a Generalísimo, a Jefe del Estado, a "Caudillo de España por la gracia de Dios".

Muchos de los generales sublevados sacaron sus tropas a la calle al mimético grito de "¡Viva la República"! Querían defenderla, según decían, de la anarquía. Franco, más cauto, no quiso empezar con tal atadura. Su modo de manejarse con las autoridades republicanas le había procurado



1

ya fama de "habilidad política". Se ajustó, pues, a su "gramática parda". En su primera proclama a los españoles, fechada el 18 de julio en Santa Cruz de Tenerife, no mencionó a la República, pues no es mencionarla la alusión a la "trilogía Fraternidad, Libertad e Igualdad", en una extraña evocación, con permutación de términos, del *Liberté, Egalité, Fraternité* de los franceses. Prefirió hablar de la Nación, de la Constitución "en total eclipse", de los "enemigos de la Patria". Y terminar con un "Españoles: ¡¡¡Viva España!!! ¡¡¡Viva el honrado pueblo español!!!". No era un modelo de literatura. Pero dejaba las manos muy libres. Hubo que atarlas un poco algo después.

Tampoco se apresuró a pasar a la península. Sólo lo hizo el 8 de agosto, cuando la situación en Andalucía estaba ya bastante aclarada, y detenidos los hombres de Mola en los pasos del Guadarrama, se perfilaba ya la marcha sobre Madrid desde el sur. Habían terminado los tiempos de ir en la primera vanguardia. El silbido de las balas había dejado de ser una música grata a los oídos.

Entretanto, el impetuoso Sanjurjo, el superior jerárquico, el hombre al que los conspiradores habían considerado como jefe natural del movimiento, había muerto en las afueras de Lisboa. El avión con el que el capitán Ansaldo había ido a buscarlo se había estrellado al levantar el vuelo. ¿Quién reemplazaría a Sanjurjo, el héroe del Gurugú, de Alhucemas y de agosto de 1932? ¿Mola, el gran conspirador, o Franco, el conspirador vergonzante y tardío? Alguien, sin embargo, ya había gritado en Lisboa: "¡Sanjurjo ha muerto! ¡Viva Franco!". Esta vez, en una igualmente curiosa imitación del *"Le Roi est mort! Vive le Roi!"* de los cortesanos de Francia. Los alzados no se distinguían por su originalidad.

Hubo muchas intrigas en Burgos y Salamanca, las dos viejas ciudades castellanas que actuaban en aquellos frenéticos días, como despertadas bruscamente de un sueño multisecular, de centros políticos del levantamiento. Los generales victoriosos en sus respectivas zonas habían creado una Junta de Defensa Nacional, pero reconocían la necesidad de un mando único. Finalmente, se impuso la candidatura de Franco. Pero oigamos de nuevo a Payne.

"Además de Yagüe —dice el muy enterado historiador del fascismo—, quienes más apoyaron a Franco fueron su hermano Nicolás, el veterano general Orgaz (un conspirador con quince años de experiencia), el general Millán Astray (el semiloco fundador del Tercio) y el general Kindelán (jefe de la fuerza aérea rebelde). Kindelán ha escrito que la decisión de hacer de Franco el generalísimo de las fuerzas armadas fue alcanzada en una reunión de la Junta de Defensa el 21 de setiembre. La única verdadera oposición provino de Cabanellas, que no quería mando único, pero los otros jefes estaban ya dispuestos a prescindir de los servicios del viejo señor. Como Mola no protestó, Franco fue votado comandante en jefe.

"Sin embargo, la Junta de Burgos no anunció inmediatamente el nombramiento de Franco, y los que apoyaban al general se preocuparon. Prepararon un proyecto de decreto que Kindalán leyó en la siguiente reunión de la Junta de Burgos, el 28 de setiembre. En él, una cláusula nombraba a Franco Jefe del Estado, además de Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas. Mola protestó esta vez, pero la candidatura de Franco había ido ya demasiado lejos para ser detenida. ... El decreto fue aprobado por la Junta y leído oficialmente tres días después, el 1º de octubre de 1936." En cuanto a Mola, dejó de ser definitivamente un estorbo cuando murió en un accidente de aviación meses después.

Fue en aquel tiempo cuando resonaron por primera vez, en Salamanca y Burgos, los gritos de "¡Franco, Franco, Franco!". Resonarían luego en toda España y durante mucho tiempo. En todos los tonos. Con entusiasmo, con fervor, con rabia, con desesperación.

Como Jefe del Estado, como indiscutido Caudillo, émulo del Führer y del Duce, sus colaboradores y amigos, Franco, siempre imitativo, fue estableciendo las bases de la España Una, Grande y Libre, la del yugo y las flechas, la entroncada, en un gran salto atrás, con la de los Reyes Católicos. Metió en el mismo saco a fascistas y los requetés en la Falange Española Tradicionalista de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, en abreviatura la Falange. Puso varias veces en la puerta al impertinente hijo del fallecido Alfonso XIII, Don Juan, empeñado en sumarse al levantamiento y, de paso, en reclamar el Trono. No, no. No estaban los tiempos para nuevas restauraciones. Neutralizó, no siempre con facilidad, siempre con poderosas ayudas alemanas e italianas, las desesperadas contraofensivas de los republicanos. Se dejó acompañar, como el Gran Presente, por el culto al Gran Ausente, a José Antonio Primo de Rivera, el fundador de la primitiva Falange, al que los republicanos habían juzgado, condenado a muerte y ejecutado en Alicante. Sabía que los muertos no son serios competidores.

Y así, a través de un mar de sangre, soportando, siempre frío, siempre impávido, las "sacudidas indispensables y santas", llegó al 1º de abril de 1939, fecha en que pudo anunciar: "En el día de hoy, cautivo y desarmado el ejército rojo, han ocupado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado". Los gobiernos de la "no intervención" —Londres, París y Washington— se



2

1. Francisco Franco en una expedición de caza (EFE S. A.).

2. Después de un accidente de caza, Franco, en compañía de su esposa, saluda a su nieto al salir del hospital

apresuraron a enviarle embajadores. El de Francia fue un antiguo amigo: el mariscal Pétain.

Había que cortejar al vencedor. Después del pacto de Munich, que había significado el *lasciate ogni speranza* para los republicanos españoles, no únicamente para Checoslovaquia, el ambiente internacional se enrarecía de día en día. El nublado de la segunda guerra mundial se echaba encima.

Los años difíciles

Puesto sobre el pavés por sus compañeros de armas, ¿hasta qué punto ha sido Franco un gobernante? ¿Hasta qué punto ha sido un gobernado por los acontecimientos? ¿Hasta qué punto ha sido él mismo y ha sido sus circunstancias? Sin el temperamento y el talento histriónico del Duce y del Führer, refugiado siempre en su impresionante impasibilidad, no cambió como Caudillo de modo de ser. Reveló habilidad política —"gramática parda"—, pero también estrechez mental, un pobrísimo bagaje cultural, carencia de imaginación y una visión muy miope. Sus sucesivos asesores políticos en los años difíciles —su hermano Nicolás, su "cuñadísimo" Serrano Suñer y el "camisa vieja" José Luis de Arrese— le ayudaron poco. Con sus diferentes matices, ninguno de ellos fue una lumbrera.

Sin embargo, el pavés, sostenido por los verdaderos vencedores de la guerra, los poderes del dinero, mantuvo la suficiente firmeza durante los años difíciles, los de la segunda guerra mundial. Nada estaba consolidado todavía, pero, allí en lo alto, muy derecho, sin perder un centímetro de su menguada estatura, el Caudillo capeó el furioso temporal que sacudía al mundo. Le era imposible participar en la guerra al lado del Eje. Así se lo dijo a Hitler en Hendaya. Así se lo dijo a Mussolini en Bordighera. España estaba postrada y estaba también, a causa de su posición geográfica, un poco a la merced de Washington y Londres. Apenas entraran tropas alemanas en suelo español en marcha hacia Gibraltar, los aliados ocuparían las Canarias, que eran la tierra de Juan Negrín, el último jefe de gobierno de la República, refugiado en la capital británica. Y los vencidos, esperanzados, se mantenían al acecho, dentro y fuera de España. Se reanudaría la guerra civil. El remedio sería peor que la enfermedad. Convenía esperar.

Pero, como "no beligerante", la España Una, Grande y Libre, que también, como "nación proletaria", soñaba con un Imperio, prestaría toda la ayuda que estuviera en sus, ay, muy trabadas manos. Hasta se permitió, en homenaje al águila imperial de su escudo, posesionarse de la internacionalizada Tánger. Era un primer paso. Hacia el norte de Africa. Hacia la América que había sido española.

¡La visión de Franco! En julio de 1941, un mes después que Hitler iniciara la invasión de la Unión Soviética, el Caudillo declaró ante el Consejo Nacional de la Falange, del partido único: "La suerte ya está echada. En nuestros campos se dieron y ganaron las primeras batallas. En los diversos escenarios de la guerra de Europa tuvieron lugar las decisivas para nuestro continente. Y la destrucción de la terrible pesadilla de nuestra generación, del comunismo ruso, es ya de todo punto inevitable". A contribuir a esta destrucción fue a Rusia la División Azul, con lo más granado de las "camisas viejas" en sus filas, y el general Muñoz Grandes a la cabeza. Y en febrero de 1942, hablando ante la oficialidad de la guarnición de Sevilla, Franco dijo: "Y en estos momentos de lucha entre los pueblos del mundo, presenciamos cómo... se ofrece a Europa como posible presa del comunismo. No tememos su realización; tenemos la absoluta seguridad de que no será así, pero, si hubiera un momento de peligro, si el camino de Berlín fuese abierto, no sería una división de voluntarios españoles lo que allí fuese, sino que serían un millón de españoles los que se ofrecerían". ¿No recuerdan estas palabras las de Alfonso XIII ante Pío XI? Pero muestras de la misma perspicacia política y militar podrían ofrecerse a docenas.

Si estos años fueron difíciles para el régimen franquista, para los pueblos peninsulares fueron terribles. Se estaba practicando una política de exterminio con los vencidos. No debían ya jamás levantar la cabeza. Fue una época de "terror blanco" llevado a los últimos extremos. Fue la espantosa época de las "sacas" cotidianas, en la que los piquetes de ejecución no se daban descanso. Según Charles Foltz, corresponsal de United Press, un funcionario del Ministerio de Justicia entregó al corresponsal de The Associated Press una hoja de papel en la que figuraban las "ejecuciones ordinarias" realizadas entre abril de 1939 y junio de 1944. ¡Eran 192.684! ¡Y no incluían las "ejecuciones especiales" dispuestas por el ejército!

Todo terminó, entretanto, en forma muy distinta a la prevista por el Caudillo. Hitler y Mussolini perecieron miserablemente. El mariscal Pétain, condenado por traidor a la patria, fue librado del piquete por sus muchos años. En España hubo que cambiar muchas cosas. Franco declaró que estaba al frente, no de un Estado fascista, sino de una "democracia orgánica". Desaparecieron las camisas azules y los saludos con el brazo en alto. La Falange se transformó en el Movimiento. Se hicieron otros arreglos en la fachada. Solo en la fachada. Pero, como ya alboreaba la "guerra fría", se respetó y hasta se ayudó a quien seguía proclamándose, como el único que siempre había estado en lo cierto, el más brioso campeón del anti-



1



2



3

comunismo. Los vencidos de la guerra civil, que habían efectuado un último intento de liberación desde la liberada Francia, perdieron toda esperanza. Quedaron abrumados, aplastados, con el espinazo roto. El régimen franquista, refugiado en una penosa autarquía que pagaban los de abajo con mil penurias, pudo superar con relativa facilidad las condenaciones académicas de Potsdam y las Naciones Unidas. En España continuó gritándose: "¡Franco, Franco, Franco!". Lo de Caudillo ya sonaba mal. Pero el pavés quedó más firme que nunca.

Los "años de paz"

La guerra civil española tuvo mucho de fenómeno ecológico. Rompió bruscamente un equilibrio ambiental. Exterminó virtualmente a un sector político y permitió así el desmesurado desarrollo de otro. Sin oposición, la oligarquía financiera y terrateniente, capa superior de la vieja estrutura social, se hizo dueña del país. Era la Patria. Era la Nación. Era la "España eterna".

La totalidad del poder quedó concentrada en la figura del Caudillo, ocupante de un Trono sin rey, con una Espada poderosa y un Altar enardecido y beligerante a su lado. Partido único. Nada de libertades públicas. Nada de autonomías regionales; España era Una. Sindicatos verticales, con "supresión" de la lucha de clases. Contrarreforma agraria; los latifundistas recobrarían la plenitud de sus derechos y la masa campesina sería devuelta a su tradicional miseria. Un estado al servicio del gran capital, concentrado en empresas y bancos monopolistas. Y, de este modo, con cada cual en su sitio, España se sumergió en el estancamiento. Comenzaban los "años de paz". Comenzaba el milenio. Todos obedecían sin chistar. Eran fáciles, al grito de "¡Franco, Franco, Franco!", las concentraciones de cientos de miles de personas. Como cuando se denunció el ostracismo al que las Naciones Unidas quisieron someter a España. Como cuando se recibió con todos los honores en Madrid a Evita Perón.

Se vive, sin embargo, cada vez más de prisa. Entre 1945 y 1970, en plena era nuclear y espacial, en plena revolución tecnológica, el mundo ha experimentado grandes cambios, con las consiguientes repercusiones en España. El país comenzó a moverse. Salió de su autarquía y su estancamiento. A partir aproximadamente de 1950, hubo en España espectaculares transformaciones en el orden económico, como un reflejo de la rápida recuperación europea. Ya no caben en el mundo los compartimientos estancos.

Industrialización. Emigración del campo a la ciudad y de las regiones pobres a las regiones ricas y al extranjero. Inflación. Un período de estabilización desde 1959, muy penoso para los de abajo, con desvalorización de la peseta y congelación de sueldos y salarios. Luego, nuevos saltos hacia adelante. Auge creciente del turismo. Toda Europa se vuelca hacia las recién descubiertas playas españolas, tan soleadas, tan buenas, bonitas y baratas. Planes indicativos de desarrollo económico y social. Ya se está en el tercero. Y se sigue compensando el serio déficit de la balanza comercial con lo que dejan los turistas y las remesas de los expatriados. El fastidio es que unos y otros introducen toda clase de ideas y costumbres "raras".

Al régimen le cuesta cada vez más mantenerse a tono con estos cambios y conservar al mismo tiempo sus esencias. Cuenta desde 1942 con unas Cortes de Procuradores de las que el Medievo peninsular, que fue al fin de cuentas progresista, se hubiera avergonzado. Cuenta también, desde que se declaró "democracia orgánica", con una serie de "leyes fundamentales del Reino": la del referéndum, la de sucesión a la jefatura del Estado, el fuero de los españoles, el fuero del trabajo. Todo esto ha sido retocado, en aras de las apariencias, por la ley orgánica del estado de 1966, especie de Constitución cuya sanción plebiscitaria —el segundo referéndum del régimen— fue tan poco convincente para propios y extraños como la que había aprobado la ley de sucesión. Las esencias subsisten, si. Pero también subsiste el galimatías que constituye la base jurídica del régimen. Nadie ve en éste una democracia, sino una superviviencia del fascismo. El apoyo de Washington, usufructuario de bases en España, y estrecho aliado del régimen desde 1953, no cambia las cosas. Al contrario, las empeora a medida que Washington pierde prestigio y poder en el mundo en transformación.

En medio de este barullo, Franco siguió moviéndose, aparentemente al menos, con la habilidad política que se le atribuía. Liquidó virtualmente a la Falange. Dejó que el Movimiento se convirtiera en una cáscara vacía. Entregó el poder a los tecnócratas del Opus Dei, la semisecreta sociedad de laicos católicos que, fundada en 1927 por un Padre Escribá de Balaguer, se infiltró poco a poco en todos los círculos financieros hasta convertirse en una representación cabal de los poderes del dinero. Ha revelado tanta fuerza que ha soportado estoicamente los grandes escándalos administrativos de la Matesa y Confecciones Gibraltar. Por mucho menos se hundieron Lerroux y Gil Robles.

Otro gran fastidio, sin embargo, fue que, como los plazos apremiaban, ya que nadie, ni siquiera un Caudillo de España por la gracia de Dios, tiene la vida asegurada, hubo que optar en el problema de la sucesión. En julio de 1969, Franco reunió a sus Cortes de Procuradores y les comunicó que había elegido como su sucesor al hijo de Don Juan y nieto de Alfonso XIII, Don Juan Carlos, educado desde niño por el régimen. No habría restauración alguna. Habría una "instauración monárquica". Don Juan Carlos, al que en adelante se conocería como Príncipe de España, no como Príncipe de Asturias, sería el futuro rey de los españoles, como continuador del régimen. Quedaron desairados los monárquicos "liberales" de Don Juan. Quedaron desairados los carlistas de Don Carlos Hugo.

Muy pronto se produjo una complicación más. En marzo de 1972, se registró una boda principesca. La de Carmencita Martínez Bordiú y Franco, nieta del Caudillo, con Don Alfonso de Borbón y Dampierre, nieto de Alfonso XIII y hijo del "sordomudo" y "renunciante" Don Jaime, hermano mayor de Don Juan. ¿Se establecían las bases de una dinastía borbónico-franquista? No faltaron quienes hablaron de "brujas de El Pardo" que decían a oídos complacientes: "¡Tú serás rey!"

Pero el fastidio principal era que Francisco Franco Bahamonde envejecía y, al mismo tiempo, los pueblos peninsulares, tan postrados después de la guerra civil y los años difíciles, se rejuvenecían. Las nuevas generaciones, las que no conocieron la tragedia de la guerra civil y representan ya la gran mayoría de la población peninsular, no se sentían vencedoras de nada y se resistían a que se les tratara como vencidos, como cautivos de guerra. Resucitaban los partidos políticos, las organizaciones obreras y estudiantiless "libres", los movimientos "separatistas", una intelectualidad rebelde, cuanto se había querido exterminar para siempre. Se multiplicaban las huelgas y manifestaciones "ilegales". Las nuevas "comisiones obreras" y grupos de acción como ETA, una fuerza vasca de vanguardia, daban un quehacer creciente.

El aparato estatal advertía que sus armas represivas estaban perdiendo el filo, antes tan temible. El Altar, como previendo nuevos tiempos, adoptaba nuevas actitudes y estaba denunciando el Concordato de 1953, como demasiado identificado con el régimen. La misma Espada, en la que el Caudillo siempre había fiado, comenzaba a sentir una indefinible molestia y veía surgir en su seno organizaciones tan "subversivas" como la UMD, la "Unión Militar Democrática". ¿Lograría solidez, en estas condiciones, el Trono que el Caudillo trataba de "instaurar", no de "restaurar"?

Hubo sacudidas que no presagiaron nada bueno para la continuidad de la España Una, Grande y Libre. Se entró en 1974 con la conmoción causada por el impresionante atentado que costó la vida al almirante Luis Carrero Blanco, verdadera "eminencia gris" del régimen. El piadoso marino saltó literalmente con su coche por los aires al salir de la misa cotidiana.

ETA había entrado de nuevo en acción. Con una audacia y una preparación que lindaban con lo inverosímil.

Desde entonces, con el falangista Carlos Arias Navarro reemplazando a Carrero Blanco en la jefatura del gobierno, el régimen se vio tironeado entre la conveniencia de "liberalizarse", a fin de ponerse a tono con el Occidente europeo, y la necesidad de afrontar una oposición creciente. El Opus Dei perdió posiciones. El "asociacionismo" —la facultad de reflejar tendencias dentro del "Movimiento"— tuvo poco éxito. La inquietud política y social, acentuada al verse España afectada por la crisis económica y monetaria del "mundo libre", fue también impulsada por la inopinada "Revolución Portuguesa", encabezada por las fuerzas armadas del país vecino. ¿Se había imaginado un final así, con la consiguiente tumultuosa "descolonización" de un vasto imperio, para el *Estado novo*, típicamente corporativo y fascista, establecido por el también muy piadoso y ya desaparecido Oliveira Salazar? ¿Podría contenerse a la oposición peninsular con métodos represivos como la aplicación del "garrote vil", bárbaro e infamante sistema de ejecución por estrangulamiento? No. Las rebeldías continuaron extendiéndose.

En agosto de 1975, el Caudillo y su gobierno, en reunión celebrada en el Pazo de Meiras, en tierras coruñesas, sancionaron una tremebunda "ley antiterrorista". Era aparentemente una especie de retorno al "terror blanco" de los primeros tiempos del régimen. Se aplicaría "automáticamente" la pena de muerte, en sumarísimos consejos de guerra, a cuantos atentaran contra un miembro de las "fuerzas del orden". Se habló de que se volvía a una "era de ejecuciones". Había una serie de procesos por atentados así. Contra ETA. Contra el FRAP, un grupo de extrema izquierda. Se multiplicaron las protestas dentro y fuera de España. Todo era incertidumbre al acercarse el otoño. ¿Podrían ser frenadas las ansias de libertad de los pueblos peninsulares, destinados naturalmente a sobrevivir al longevo Francisco Franco Bahamonde?

La "Gracia de Dios"

A pesar de sus muchos achaques, de su muy quebrantada salud, el Caudillo se mantenía impasible en su refugio de El Pardo. Parecía dispuesto a volver a los antiguos rigores. Había recobrado el mando, cedido provisionalmente en 1974, a causa de un alarmante coágulo, a Don Juan Carlos, el presunto rey sucesor, como titular de la proyectada "instauración monárquica". ¿Acaso no se había edificado para el Milenio? ¿Acaso no había señalado pautas para el mundo entero quien, como supremo campeón del anticomunismo, "sólo podía ser juzgado por Dios y por la Historia"? ¿Acaso el título de "Caudillo por la Gracia de Dios" no justificaba cuanta sangre tuviera que derramarse?

Comenzaron a actuar los consejos de guerra. Se pronunciaron y aprobaron cinco condenados a muerte. Eran un "comienzo". Un mundo angustiado y expectante, con inclusión de Su Santidad Pío XII, pidió, todavía no saturado de horrores, clemencia para aquella juventud. El "devotísimo hijo de la Iglesia" no la tuvo. Y el 23 de setiembre de 1975, hubo en España cinco fusilamientos. Cayeron dos activistas de ETA y tres del FRAP. Hubo manifestaciones de repudio en todos los meridianos y latitudes.

Días después, se anunció que Francisco Franco Bahamonde estaba enfermo. No era, se dijo, nada importante. Pero todo se fue agravando. Hasta convertirse en una prolongada y espeluznante agonía. Primero, en el palacio de El Pardo. Luego, en la ciudad sanitaria "La Paz", a cuatro kilómetros de la madrilena Puerta del Sol. Llegaron a reunirse dos docenas de médicos alrededor de un paciente que, sometido a toda clase de tratamientos, medicaciones e intervenciones quirúrgicas, quedó reducido a su mínima expresión. Aquel atareado equipo estuvo encabezado por Martínez Bordiú, el propio yerno del Caudillo. ¿Fueron médicos o verdugos? ¿Fueron quirófanos o cámaras de torturas? ¿Cuánto tiempo Francisco Franco Bahamonde fue mantenido artificialmente en vida? Muchos se horrorizaron ante aquella última manifestación de la "Gracia de Dios".

El fin llegó oficialmente a las cuatro y cuarenta de la madrugada del 20 de noviembre de 1975. Los restos del Caudillo fueron sepultados en la basílica del Valle de los Caídos, junto a los de innumerables víctimas de la guerra civil. Dos días después, Juan Carlos de Borbón y Borbón fue proclamado rey de España.

Bibliografía

La bibliografía relacionada con Francisco Franco Bahamonde es copiosísima. Nadie espere, sin embargo, hallar en ella material "rigurosamente objetivo". Si la propia ciencia reconoce que es inalcanzable la objetividad a la que siempre aspira, en cuanto no hay modo de separar lo observado del observador, sería insensatez albergar una aspiración así en relación con tema tan polémico como el aquí tratado. Entre las obras con muy diversos puntos de vista y tendencias que han sido tenidas en cuenta por el autor de este relato biográfico se dan algunas a continuación. En cuanto a las ideas básicas que como guía permanente de su actividad han orientado al autor en su relato, puede leerse el libro de Miguel de Amilibia, *Los dos Robinsones*. editada en Buenos Aires en 1970. Altamira, Rafael, *Manual de historia de España*. Buenos Aires, Sudamericana, 1946. Ansaldo, Juan Antonio, *¿Para qué?* Buenos Aires, Ekin, 1955. Arrarás, Joaquín, *Franco*. Madrid, Atlas, 1939. Ballvé, Manuel, *Orden público y militarismo en la España constitucional (1812-1983)*. Madrid, Alianza, 1983. Bernanos, Georges, *Les grandes cimetiéres sous la lune*. París, 1947. Beumelburg, Werner, *Kampf um Spanien: Die Geschichte der Legion Condor*. Berlín, 1940. Bremman, Gerald, *The Spanish Labyrinth*. Nueva York, 1943. Buckley, Henry, *Life and Death of the Spanish Republic*. Londres, 1940. Cardona, Gabriel, *El poder militar en la España contemporánea hasta la guerra civil*. Madrid, Siglo Veintiuno, 1983. Carrillo, Santiago, *Después de Franco, ¿qué?* París, s. f. Coverdale, John F., *La intervención fascista en la Guerra Civil española*. Madrid, Alianza, 1979. Díaz, Guillermo, *Como llegó la falange al poder*. Buenos Aires, 1940. Enzensberger, Hans Magnus, *El corto verano de la anarquía*. (Vida y muerte de Durruti). México, Grijalbo, 1975. Foltz, Charles, Jr., *The Masquerade in Spain*. Boston, 1948. Fernández de Castro, Ignacio y Antonio Goytre, *Clases en España en el umbral de los años setenta*. Madrid, Siglo Veintiuno de España Editores, 1974. Franco Bahamonde, Francisco, *Diario de una bandera*. Madrid, Doncel, 1976. *Masonería*. Madrid, Fundación Nacional Francisco Franco, 1981. *Raza: anecdotario para el guión de una película*. Madrid, Fundación Nacional Francisco Franco, 1981. Franco Bahamonde, Pilar, *Cinco años después II*. 2a. ed. Barcelona, Planeta, 1981. *Nosotros los Franco II*. 6a. ed. Barcelona, Planeta, 1981. Franco Salgado Araujo, Francisco, *Mi vida junto a Franco*. Barcelona, Planeta, 1977. *Mis conversaciones privadas con Francisco*. Barcelona, Planeta, 1976. *Franco visto por sus ministros (II)*. 2a. ed. Barcelona, Planeta, s. f. Gil Robles, José María, *No fue posible la paz*. Buenos Aires, 1968. Hanrez, Marc (ed.), *Los escritores y la Guerra de España*. Barcelona, Monte Avila, 1977. Hills, George, *Monarquía, república y franquismo*. San Martín, 1975. Ibárruri, Dolores, *El único camino*. Mexico, Era, 1963. *Memorias de Pasionaria, 1939-1977*. Barcelona, Planeta, 1984. Madariaga, Salvador de, *España. Ensayo de historia contemporánea*. Buenos Aires, Sudamericana, 1955. Núñez Jiménez, Antonio, *"El pintor y el combatiente de la guerra civil española"*. En su *Wifredo Lam*. 2a. ed. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1982. Payne, Stanley, *El fascismo*. Madrid, Alianza, 1982. Poulantzas, Nicos, *La crisis de las dictaduras*. Portugal, Grecia, España. 3a. ed. Madrid, Siglo Veintiuno, 1976. Ramírez, Luis, *Francisco Franco. Historia de un mesianismo*. París, 1964. Sarasqueta, Antxon, *De Franco a Felipe*. España (1975-1985). 1a. ed. Barcelona, 1984. Souchy, Agustín, *La verdad sobre los sucesos en la retaguardia leal. Los acontecimientos de Cataluña*. Buenos Aires, Ediciones F.A.C.A., 1937. Tamames, Ramón, *Historia de España Alfaguara, VII*. La República. La Era de Franco. 5a. ed. Madrid, Alianza, 1976. Thomas, Hugh, *La guerra civil española*. 1 y 2. 1936-39. 8a. ed. Barcelona, Grijalbo, 1983. Vázquez de Prada, Andrés, *El fundador del Opus Dei*. Madrid, RIALP, 1983. Zugazagoitia, Julián, *Historia de la guerra de España 1936-1939*. Buenos Aires, 1940.

***En la página** 26:*

1. El Generalísimo Franco propone a las Cortes españolas, reunidas en pleno, al príncipe Juan Carlos de Borbón como sucesor suyo en la jefatura del Estado. 22 de julio de 1969

2. Franco vota en las elecciones para Procuradores por el tercio de cabezas de familia

3. El dictador dominicano Rafael L. Trujillo se entrevista en Madrid con el Jefe de Estado español.

Algunas Bibliotecas del Centro Editor de América Latina

Biblioteca Argentina Fundamental

Los autores más importantes de la literatura argentina, desde sus orígenes hasta nuestros días, a través de las obras y antologías más representativas: Echeverría, Mármol, Sarmiento, Mansilla, Hernández, F. Sánchez, Almafuerte, J. V. González, R. Rojas, Lugones, Quiroga, Güiraldes, Payró, Fernández Moreno, A. Storni, Borges, Discépolo, Eichelbaum, Mallea, Cortázar, Sábato, S. Ocampo, Bioy Casares, R. González Tuñón, Mujica Lainez, H. Conti, B. Kordon, etc. 148 volúmenes.

Pintores Argentinos del Siglo XX

Cuatro grandes volúmenes que incluyen sesenta y cuatro monografías, realizadas por destacados especialistas, sobre la vida y la obra de los pintores argentinos más importantes en lo que va del siglo. 512 láminas con magníficas reproducciones a todo color. Muchísimos dibujos, grabados, fotografías y reproducciones en blanco y negro.
Un tomo de Escultores Argentinos del Siglo XX, uno de Grabadores Argentinos del Siglo XX, uno de Fotógrafos Argentinos del Siglo XX y un cuarto tomo de Dibujantes Argentinos del Siglo XX complementan la notable colección de Pintores Argentinos del Siglo XX.

Biblioteca Básica Universal

Las grandes obras y los grandes autores de todas las épocas y todos los países: Sófocles, Dante, Cervantes, Lope de Vega, Quevedo, Shakespeare, Ben Jonson, Rabelais, Goethe, Hugo, Balzac, Stendhal, Flaubert, Dickens, Dostoievski, Tolstoi, Poe, Zola, Maupassant, Baudelaire, Rimbaud, Whitman, Darío, Hardy, Kafka, O'Neill, etc. Más de 300 volúmenes.

Historia de la Literatura Argentina

Los más destacados críticos han participado en la redacción de esta obra que estudia, en forma amplia y amena, las corrientes, los géneros, los movimientos, los autores y las principales obras de la literatura argentina desde sus orígenes hasta nuestros días. Seis grandes tomos profusamente ilustrados.

Fauna Argentina

La primera colección dedicada a las especies zoológicas de todo nuestro país, en particular a los distintos órdenes de vertebrados, especialmente mamíferos, aves, reptiles y anfibios. Su característica más saliente está en combinar el rigor científico y la amplitud de la información con textos amenos y accesibles y notables fotografías a todo color. Las fichas de familia, de orden, ecológicas y antropológicas complementan esta obra extraordinaria.

El País de los Argentinos

Una extraordinaria geografía regional de nuestro país en seis grandes tomos con muchísimas fotografías y mapas a todo color. Se trata de una obra muy rigurosa en su concepción y en su información, pero de lectura amena y accesible.

Historia Integral Argentina

Esta obra encara cada etapa de nuestro pasado como un proceso que tiene un origen y una evolución y en cuyo desarrollo interactúan dinámicamente los diversos factores económicos, sociales, políticos, institucionales y personales. La Historia Integral Argentina presenta las diversas corrientes que interpretan y explican nuestro pasado para que el lector las conozca y tenga más elementos para tomar posiciones. Seis tomos profusamente ilustrados.

Atlas Total de la República Argentina

Este atlas, el más completo y moderno que se haya publicado hasta el día de hoy, cubre los diversos aspectos de nuestro país: Atlas Físico de la República Argentina (2 vol.), Atlas Político de la República Argentina, Atlas Demográfico, Atlas Económico (2 vol.), Atlas de la Actividad Económica (4 vol.) y Atlas Satelitario (2 vol.).

Ahora
todas las semanas aparecen
dos preciosos cuentos para los chicos:
un cuento del Chiribitil
para los más chiquitos;
un cuento de Polidoro
para los más grandecitos.
Son preciosos
por sus dibujos, sus colores,
sus historias lindísimas.

Centro Editor de América Latina

